



## *Quetzalcoatl*

Agustí Bartra

*A Alberto y Ana Cecilia Gironella*

*¿Cuix ye nelli? ¿Cuix oquimaceuh in tlatcatl in topiltzin,  
in Quetzalcoatl, in teyocoyani, in techihuani?  
¿Auh cuix oquito in Ume tecutli in Ume cioatl?  
¿Cuix omocuepane in tlatolli?*

(¿Es verdad acaso? ¿Lo mereció el señor, nuestro príncipe,  
Quetzalcoatl, el que inventa hombres, el que los hace?  
¿Acaso lo determinó el Señor, la Señora de la dualidad?  
¿Acaso fue transmitida la palabra?)

## Prólogo

Con *Quetzalcoatl* sé más, naturalmente, lo que he querido realizar que lo que he realizado. Quizás por sus múltiples implicaciones vitales y subjetivas, en este poema he podido comprobar agudamente que cuando una visión o un tema se nos entraña en obra ineludible, nos trasciende tanto como nos limita. Ignoro hasta qué punto he fundado aquí con el Canto, pero ciertamente no olvidaré nunca en qué momentos de poesía inclinaba humildemente la cabeza, poseído...

Por encima de todo, me interesaba arrancar de la roca mítica mexicana la estatura del Hombre Luz, para que acompañase con dimensión más pura y distinta otras figuras mías anteriores. «La luz es siempre acción», dijo Novalis. Se podría objetar que la Sombra lo es también, y acaso más todavía. Lo es, sí. Lo sabemos, en el cuerpo y en el espíritu: nos golpean las ciegas idolatrías de nuestro tiempo, nos acomete Tezcatlipoca. Y el dualismo es agonal, porque «la joven luna», «el espejo humeante», «el hermano gemelo» nos hinca en el ser la certeza de que el hombre no puede oponerse a su destino.

-12-

Como poeta, lo que me importaba era crear, de ninguna manera glosar: ser fiel a la prodigiosa figura desde lo hondo, pero comunicándole una nueva actualidad palpitante, aprovechando los sutiles hilos de la trama de oro del mito antiguo para tejer por mi cuenta; buscar esencialidades coincidentes y darles contenidos visionarios; volver a elaborar los símbolos subyacentes y dar a la figura otra epifanía, una anunciación que brotase de mi temporalidad. Había que palpar lo primigenio y pegar el oído sobre el corazón del futuro, amasar estrellas y raíces mexicanas y mezclarlas, trenzarlas con vientos, ecos y resonancias universales que levantarán la nueva fabulación como la resurrección de un prodigio que no había muerto, sino que estaba ahí, esperando. Dejé que Quetzalcoatl hiciese de mí uno de sus retornos.

No creo que en ningún otro mito del mundo haya nada tan bello y cargado de símbolo trascendental como el momento en que de las cenizas del corazón de Quetzalcoatl sale su espíritu en forma de estrella y asciende al cielo. Si Quetzalcoatl es el dador, hombre y dios solar, símbolo del eterno retorno, estrella que muere y astro que resucita, en una palabra, conciencia y creación, Tezcatlipoca, en cambio, es la noche, el que roba y asalta en las encrucijadas, el destructor, el frío del Norte negro, el jaguar, la fuerza ciega de la naturaleza. Quetzalcoatl es, para mí, la encarnación de una grandeza que quiere ser, y es, un poder, mas no una voluntad de poder, como diría Buber. Los contenidos de su fuerza espiritual le impedirían, si por otra parte no estuviera lleno de amor, traicionar su meta por medio de falaces justificaciones. Es un codificador del alma. Tezcatlipoca representa la lucha continua del poder vacío y maniqueo que sólo tiende a su propio acrecentamiento y que si cesara en su acción -13- sin misión se derrumbaría como un espectro de corteza en medio del estrépito de los acontecimientos. En cierto modo, Tezcatlipoca es la historia en su aspecto deshumanizado: lo que se cierra para devorar lo que ha apresado. Veo a Quetzalcoatl como el héroe espiritual que se niega a combatir la violencia con la violencia. Ha de crearse por la palabra y por la acción luminosa, se derrama, abraza, conquista espíritus, canta la vida porque la vive en la plenitud del yo-tú-él, grávido de conciencia terrestre y de verdades atravesadas por el espíritu. Si frente a Tezcatlipoca su actitud es prometeica, la conciencia de su condición

humana le evita toda desmesura. Así, lo acompañan Nanotzin, la mujer, y Xelhua, el discípulo más amado.

Tuve que desnudarme de muchas cosas para poder sumergirme en el poema, donde lo fundamental me esperaba, los temas en torno a los cuales había yo girado siempre: Amor, Tiempo y Muerte. No necesitaba más para cantar a la vida. El resto eran presencias. Y misterio. «Algo muere en todo nacimiento, algo nace en toda muerte...», digo en alguna parte de mi poema. Y así era yo mientras componía mi Quetzalcoatl: nacía y moría. Vivía la aurora de las palabras, el fuego de los signos, el grito de las atalayas que retumba en las oquedades. Sufría y era feliz. Y me rodeaban rostros de hermanos. Lo que he hecho me lo dirán tal vez los ecos, si mi voz hace saltar lo dormido, si cae como hilo de agua en la boca que modela una hora profunda...

Agustí Bartra

-[14]- -15-

△▽

## Quetzalcoatl

### Cosmogonías del alba

-[16]-

-17-

Quetzalcoatl andaba por la noche del bosque... Oyó la voz del pájaro,  
arriba de la alta fronda -una breve nota líquida y medrosa  
entre la dulzura de la brisa en el follaje. Y se detuvo, y esperó,  
hundido en su misterio y en su vasta nostalgia...

Saltando fuera del sueño, torcido por la altura y el anhelo,  
elevose el hilo del trino, empeñada el ave en el impulso de florecer  
en el canto que escalaba las sombras de donde ya colgaba  
el fruto terminal de su ascensión-  
silencio de plenitud, peso oscurecido que de pronto se quebró  
en el comienzo de una vertiginosa caída vertical sin alas  
que se detuvo en el corazón de Quetzalcoatl, de donde se levantó  
en abierto vuelo mítico hacia la aprobación de las estrellas...

Y la fábula y el tiempo recordaban en el espíritu de Quetzalcoatl-

-18-

*Se quietaban las aguas bajo el árbol de un cielo*

*de estrellas caedizas y estupor de cometas,  
y en circulares albas lentamente empezaba  
la asunción de las cumbres...*

*En silencio afloraban las nacencias de roca:*

*hocicos de cetáceos, corolas de martirio,  
ojos de cataclismo, futuras latitudes  
de águilas y de nieves.*

*Erguidos y ataviados de claras lontananzas,  
los vientos esperaban en los cuatro horizontes;  
en sus ojos brillaban lejanos resplandores  
de hielos boreales.*

*Las mareas dormían una ausencia de luna,  
y en la vasta llanura de inmóviles sargazos  
las bonanzas azules se apoyaban en rojos  
cayados de corales...*

Andaba Quetzalcoatl con el gorjeo en la sangre y fértiles de imágenes los ojos interiores-

*El Norte, susurrante, abrió a los arcos iris  
el sueño tembloroso de sus senos de niebla,  
y de su virginal cabellera de nieves  
alzose la gaviota.*

-19-

*Por la luz desfilaban huestes de meteoros,  
las islas sostenían sus coronas ciclónicas  
y delicadas lúnulas sangraban sobre raudas  
yacijas de crepúsculo.*

*¡Oh trombas vaginales de las cósmicas noches  
del abismo oceánico! ¡Oh sumisión del agua  
cuando el cielo marcaba lomos de cordilleras  
con sus hierros astrales!*

*La luz sirgaba el cuerpo virgen del continente  
que un cielo delirante ya estrechaba en sus brazos.  
A edades de oro y hoja nacían litorales  
de flancos de doncella...*

Quetzalcoatl cruzaba al azar entre los grandes árboles del tiempo.  
Sus pasos no turbaban la sombra donde dormían los animales del dolor  
y se demoraba en los calveros de las lágrimas sobre las cuales brillaban  
las estrellas del cielo de los símbolos-

*¡Tierra aún no despierta y tiempo en ella hincado  
como un halcón de viento! ¡Oh silenciosas bodas  
de púberes montañas con los dormidos ríos  
de genésicos limos!*

*Redondos ojos líquidos  
con párpados de juncos*

-20-

*y lunares murmullos...  
menguantes florecidos*

*y doseles de cañas...  
blanco torso de nubes*

*y rodillas de hierba de la alta primavera...*

*La mujer ventisquero...*

*Con velos descendía*

*hasta los rojos pies de secoyas titánicas;  
pupilas de edelweiss seguían migraciones  
de celestes rebaños...*

*Solo, Quetzalcoatl, buscando los manantiales de su alma,  
vagaba por las colinas sin senderos de las reminiscencias-*

*Y taciturnas hordas de guedejas salobres*

*levantaron sus remos en los negros cantiles.  
Silbaron pedernales en los mitos hirsutos,  
¡oh totémicos fuegos...!*

*El nuevo sol de todos se mordía en la hierba.*

*Cuando luna y colina fueron en los recuerdos  
una sola dulzura, los anales del reno  
entraron en las cuevas.*

*Y el cielo descendió*

*a las pintadas orzas...*

*Quetzalcoatl se tambaleaba sobre huellas que cantaban, mordía  
-21- mitos en raíces cada vez más hondas, se buscaba en las crónicas  
que acariciaba con dedos ciegos en estucos que dormían en vientres de selva.  
Pero los orígenes de su tiempo eran como los secretos ojos de agua  
en la montaña donde nace un gran río-*

*Y el anhelo en los brazos alzados de una núbil*

*señaló los caminos hacia las tierras rojas.  
¡Oh sur de las estrellas, allende los tronantes  
aludes de bisontes!*

*Guirnaldas de canoas se alargaban en ríos*

*protegidos por cielos más poblados de estrellas,  
pero en los horizontes abríanse misterios  
de bocas verticales.*

*Las rodantes herencias de las constelaciones*

*se hacinaban en ojos de escuálidos augures.  
Adalides de viento danzaban los terrores  
de rojos plenilunios.*

*¡Oh lentas trashumancias! Cada aurora anunciaba*

*la epopeya del arco y el canto de la flecha.  
Humaredas de paz trazaban en el aire  
enormes cornamentas.*

*En guijos de colores se buscaba el destino.*

*El pasado dormía en ollas funerarias.  
La esperanza sin nombre aún apacentaba  
sus rebaños de géysers.*

*-22-*

*Cayó Quetzalcoatl. Y besó la tierra con sus labios ensangrentados.  
Y silenciosas bandadas de aves se posaron en las cimas nocturnas  
de la espera de su espíritu-*

*Vocerío de clanes en moradas de pieles,*

*bajo lunas de fríos...*

*¡Oh tributo del canto*

*a los dioses pequeños, entre abedul y alerce...!*

*¡El Gran Coyote Azul subió a los estandartes!*

*¡Bélicos matriarcados!*

*Siervos eran los hombres*

*de telúricas madres, ¡oh robustas guerreras  
cuyas sangres oscuras solamente eran fieles  
al parto y a la muerte!*

*Tatuábanse en los senos bermejos calendarios,*

*de sus trenzas colgaban negras piedras y frutos,  
y sus amargos sexos abríanse a la sombra  
de las hincadas lanzas...*

*Y mientras Quetzalcoatl esperaba el descenso del canto del ave solitaria de los cielos,  
las imágenes aún hallaban libres ámbitos en su inmemorial conciencia-*

*Siglos de mudas huellas, de manantial a páramo*

*y de cuevas a túmulos...*

*Gobernaban los vientres*

*rutilantes de miel de las obesas reinas...*

*Nocturnas sediciones junto a los cactus fálicos*

*-23-*

*y legislación de hambres en los nuevos desiertos...*

*Saeteros de polen entre floras de espinas...*

*(¡Viento del blanco venado!)*

*Dioses de las tinieblas reían en las hachas...*

*(¡Sueños del venado rojo!)*

*Latigazos solares y colmillos de hielos...*

*(¡Huellas del negro venado!)*

*Las tiendas allanadas, como grandes murciélagos...*

*(¡Fuga del venado de oro!)*

*Hito de halcón clavado en la seca biznaga...*

*¡Oraciones de ríos,  
las sagradas montañas,  
lisa Roca del dios  
y las trémulas hordas del maíz jubilante  
entrando en las miradas...!*

Y de pronto oyó el canto del pájaro-

no en la altura que seguía cerrada en la inmutabilidad  
de la noche y de los ámbitos salpicados de plata,  
sino enterrado en él como el estallido de una gran semilla,  
trino de hondura socavando su corazón,  
latido y borbotillo más allá de la conciencia y de las imágenes,  
puro son de principio y de fin en la desnudez total de su ser tendido y vasto,  
con la luna en su cabello y el viento en la cara,  
susurros de hierba en el pecho  
y sus dos brazos ramificándose como ríos,

-24-

él mismo espacio,

canto

y noche,

expulsado del tiempo y divinamente sencillo en aconteceres  
que levantaban sus meteoros y azares, las bóvedas transparentes  
de los sueños nacidos en sus manos fluviales, que atraían  
hacia su corazón el silencio de la eternidad,

sombra de torso y pájaro,

acostada y pesando sobre latido y gorjeo,

ni despierto ni dormido,

huésped ingente de su futuro y envión de destino mortal odiado

por los dioses, renovándose en el agotamiento de sus entregas,

de sus caídas, de sus vuelos, vientre de la noche preñado de relámpagos,

de bruces sobre la tierra en acto de posesión y de rendición,

desembocadura atónita y mar penetrado, ¡oh infinito amor de infinitos nombres,

oh puño de polen sobre la negra boca de la muerte!,

y finalmente sus manos asaltando el cielo-

el trino vibrando en sus dedos de raíces que pulsaban las tinieblas y,

en los espacios que retrocedían, trazaban el inmenso círculo

que encerraba a la vez el beso y la Estrella...

-25-

## El sembrador

-[26]-

-27-

Quetzalcoatl salió del bosque oscuro al alba...

Ya alto el sol, se detuvo, cansado, entre magueyes,

y a un lento ademán suyo un halcón descendió  
para posarse en su hombro...

¡Oh! ¿Cuándo la visión

total de su destino descendería a su alma  
como un ave de fuego,  
y los cantos serían misión y cumplimiento,  
no grito migratorio en monótonos cielos  
ni árbol de primavera rajado por el rayo  
en su gloria floral?

¡Oh! ¿Y cuándo una voz, una voz entre todas  
las voces de su espíritu, trocaríase en viento  
que roería el rostro de piedra de los dioses,  
con el asentimiento de las puras estrellas  
terrestres de sus noches...?

La mañana, en el cielo, era un hacha de jade.

-28-

Con el halcón inmóvil posado en su hombro izquierdo,  
Quetzalcoatl anduvo,  
siempre fijos los ojos en la azul lejanía  
y envuelto en luz y viento y rumor de arboledas.

¡Oh altas encrucijadas de voces-meteoros:

parajes de corolas, iris, flautas salvajes,  
simientes volanderas, cuerdas sonoras, lluvias...!  
¡Y nunca advenimiento! ¡Siempre, siempre lo efímero  
condenado a distancias, adioses y caídas!  
¡Nunca, nunca el gran canto,  
el canto anunciador, como una epifanía,  
la imagen dando a luz al verbo capital!

El día

bajaba de las cumbres con amarillos cántaros.

Cogiendo rojas bayas tibias de mediodía,

Quetzalcoatl oyó la llamada del río  
y, a través de los sauces,  
enderezó sus pasos hacia la umbrosa orilla...

Desnudo entró en el agua, bajo el sauce más alto.

Raudo, el halcón voló hacia la otra ribera.  
Un silencio augural estranguló las voces  
y la paz del remanso invadió a Quetzalcoatl.  
Oscilaron las ramas largamente hojeadas,  
y de lo alto bajó un rayo de luz,  
brusca coa dorada que se hincó unos instantes

-29-

en la diáfana gleba donde se reflejaban



el cuerpo sorprendido y el árbol tembloroso...

Y entonces Quetzalcoatl

oyó en su alma la voz:

«Tú, sembrador de soles...»,

y alzando lentamente la mano ya entreabierta,  
se inclinó hacia el agua al tiempo que vertía  
las bayas, una a una, en el hueco de luz  
ahondado en su imagen a la altura del pecho.

Por la fluvial anchura flotaba Quetzalcoatl,

fúlgido primogénito de sus arduas auroras...

-[30]-

-31-

### Las manos que cantan

-[32]-

-33-

Al pie de la ladera yacían los cadáveres,

de prisa amontonados después de la batalla  
en que Huitzilopochtli rió bosques de filos:  
hacinas de faisanes y teñidas tortugas,  
predio en donde crecían, en profusión confusa,  
tallos de lanzas, flechas...-  
mientras lejos sonaban

las roncadas caracolas de la guerrera marcha,  
y los vientos alzaban cosechas de estandartes,  
y el tendido horizonte envolvíase en humo...

No lloró Quetzalcoatl ante la muerte inútil.

Se alejó del lugar cuando los zopilotes  
descendían del cielo a trillar la hecatombe.  
No vio la primavera en el nopal cubierto  
de grandes mariposas  
ni escuchó labios de agua en la faz de la hierba.

Su angustia era el silencio del mundo sin espíritu,

-34-

vacío de Tonatiuh y de canto fraterno.  
En su desolación, ¿a quién invocaría,  
con mirada de adiós o puños levantados,  
en el reino de su alma: cisternas de ceniza  
junto a la sombra armada de cactus gigantesco...?  
Si el nudo de sollozos se levantara en grito,  
¿podría abrir los brazos a algún viento de pájaros  
sin caer fulminado por duras claridades,  
bajo nubes inmóviles como rojos trofeos...?

Ninguna voz hermana deja en su corazón  
un peso de corola,  
mientras marcha sin eco por los fúnebres musgos  
en donde se entreabre el helado esplendor  
de diminutas flores, sobrevivientes ojos  
de olvidadas infancias...

¡Río! Ancestral corriente,

¡oh ala tutelar de sus antiguos júbilos!

Y Quetzalcoatl sube

lento al puente colgante,  
como un gran rey pluvioso con túnica de lodos...

Y avanza entre las sogas

de trenzadas lianas,  
oscilando en la niebla  
-que canturrea abajo, en las cunas del agua,  
y luego, levantándose en el aire dormido,

-35-

estrecha entre sus brazos un sol de cempasúchil-,  
oscilando  
inclinado

a los hondos

murmillos,

dócil presa, en la altura, de sonoras espumas...

Quetzalcoatl en vilo

en su puro vacío  
-donde la niebla hila  
con sus ruelas de frío  
tanto trémulo trino de lejanas cascadas,  
verticales alondras y viento de hoja herido-,  
inmóvil y esperando que las manos que cantan  
se posen en su pecho y dulcemente pulsen  
los rayos de su sueño  
y la lluvia de su éxtasis...

¡Oh! Como ondas de son

fíltranse en su dolor  
los dedos luminosos,  
las alfareras manos que penetran en su alma  
y turban el letargo de pesadas palabras,  
que a un brusco vuelo caen  
como en oscura cueva  
apiñados murciélagos...

Y Quetzalcoatl gime, tocado en lo más hondo

de su gélida angustia,

-36-

y florecen las lágrimas en el árbol de hielo  
de su desesperanza,  
y germinan los nombres en la resurrección  
de su boca solar.

Canta, ciego y vidente,

envuelta la cabeza con truenos de palabras  
que en el dolor del ser retumban y celebran  
el latir del espacio de la nueva ternura  
donde lo presentido se colma con el verbo;  
ciego por el fulgor de la tormenta de alas  
que brilla en el regazo de la eterna montaña.  
Porque no de los ojos sino del vuelo nacen  
las más radiantes cumbres,  
y los himnos retornan a sus felices fuentes...

-37-

## La red

-[38]-

-39-

En el centro del lago Nanotzin saca el remo  
de las aguas tranquilas y mira a Quetzalcoatl,  
que continúa inmóvil y sin sombra,  
con la red en la mano dispuesta a ser lanzada.

(En la lejana orilla, las doncellas anudan  
sus largas trenzas.)

Acostada en la popa, Nanotzin, soñolienta,  
reclina la cabeza sobre la lisa borda  
y entrecierra los ojos, mecida por el ritmo  
de la brisa y las aguas y la erguida figura  
luminosa que oscila circundada de cielo  
y verdes resplandores...

(Calladas, las doncellas se adentran en el agua.)

En sí mismo sumido, Quetzalcoatl murmura:

«Tiembla el sol en las aguas..., se mecen arboledas...

-40-

Plenitud del silencio... Las palabras dormitan  
como sombras echadas en torno a un centinela  
de imagen y temblor...

¿Qué esperas, corazón? ¿Acaso sólo lates?

¿Sólo cuentas instantes que nunca más retornan?

¡Lanza la red del alma a las aguas profundas!

Eterno es lo profundo,  
y el alma sólo quiere más honda eternidad,  
soñar en el abismo los actos del espíritu,  
fundar en las tinieblas...  
¿Qué esperas, corazón? ¿Te tienta el mediodía  
y sus reales éxtasis...?».

(Nanotzin se ha dormido junto al remo mojado.

Su cabellera cae.)

Balanceándose al ritmo de las aguas,  
Quetzalcoatl levanta con lentitud el brazo,  
y luego, bruscamente, como un rayo girante,  
lanza la larga red por sobre su cabeza.  
Y la red gira rauda, con un rumor de pájaros,  
hasta que, tras el grito, huye abierta hacia arriba...

(Nanotzin duerme luz. Su suelta cabellera

vive sola en el agua.)

-41-

## El sermón del lago

-[42]-

-43-

A orillas del lago color de campánula, un atardecer, Quetzalcoatl habló así a su gente:

-Palabras recién despiertas suben para vosotros a mis labios, oh hermanos en Tonatiuh!,

y quisiera que mi voz fuese como la soga con que ha sido lentamente  
varada esa canoa cargada de jaulas con pájaros ya dormidos,  
y que vuestro corazón semeajara estas tranquilas aguas en las que  
no se refleja ni el sol que se ha puesto ni la luna que aún no ha salido...

Palabras nacidas de estrellas invocadas en los llanos del silencio,  
infinitas como las cosas y grávidas de espíritu,  
comunión de vientos y hoguera de verbo;

palabras que llevan a cuestras la luz desde las raíces de los tiempos  
y pueden morir como muere la brisa dentro de las caracolas;

-44-

palabras atravesadas por el colibrí de la resurrección o las que  
se abren como flores en la loma de huesos de la tristeza...

Digo las palabras para las ceremonias lustrales ante el alba de muros de oro,

o las que se alzan como lanzas brillantes apoyadas en los mil hombros de un canto,  
o las artesanas que fundan una eterna capital de belleza y amor, cronistas de fuegos y plumas  
y cosechas lejos del vuelo del murciélago y del copal de temblorosos brazos;

la palabra paz, en la que duermen las semillas y despierta el mar;

la palabra retorno, imagen de torso de rojo tezontle, cabeza de mariposas y pies de polen,  
y la palabra Tamoanchan, arco iris que empieza en la matriz de los orígenes y termina en la boca del cielo...

## CORO DE DONCELLAS:

¡Ay que no nazca la luna  
roja de Tezcatlipoca!  
Oh terror de negros senos,  
parto de sombra en la roca!  
-Cuatro soles descansaban sobre el vientre del mundo,  
sarta desprendida del cuello de los infinitos años...

-45-

## SOL DE AGUA:

Se abrieron las cuatro bocas blancas del Norte y del Sur, del Este y del Oeste,  
y remolineante llegó la diosa de las sayas azules, tocada de caña y enarbolando estandarte de lluvias.  
Subían las aguas estrangulando temblores forestales, entre pasmos de meteoros  
y vertiginosas guirnaldas de asustados faisanes,  
mientras en el fondo la luz asaetaba el tendido cuerpo pastoral de la hierba  
que dormía con la cabeza apoyada sobre rocas llagadas de esmeralda  
y la diosa dorada se alejaba sobre la haz del agua, con los ojos fijos en las águilas solares  
que esperaban en las blancas cumbres volcánicas.

Y no había noche porque los dioses habían taraceado en la piel del cielo la piedra del sol,  
y no soplaba el viento, ni caía la lluvia, ni nacía la sombra,  
y las ramas de los árboles sumergidos se curvaban bajo el peso de dormidos cardúmenes luminosos...  
Y la corriente se expandía como un interminable y transparente animal  
convertido en resuello de flujo, distancia y fulgor,  
sólo interrumpido de vez en cuando por flotaciones de jeroglíficos vegetales,  
grandes frutas que boyaban como lunas pútridas,  
islas de corolas que flotaban junto a rebaños de hinchadas bestias semejantes a cometas morados

-46-

y yertos ahogados con barbas de espuma y ojos vaciados por los últimos zopilotes...  
Y al fin, cuando se cerraron las blancas bocas del horizonte  
y las aguas y el cielo tuvieron el mismo rostro,  
las cumbres se devolvieron unas a otras los ecos de los gritos incesantes de las águilas  
que aún no podían volar hacia el inmóvil sol,  
y sobre la inmensa paz de las solitarias aguas flotó el hueco tronco donde yacían el hombre y la mujer...  
Sobre la vasta quietud menguante, en el día inmutable de las aguas y bajo el dolor del atascado astro rojo,  
el tronco flotó,  
con la pareja abrazada dentro del hueco oscuro  
y una hormiga en la seca corteza,  
seguido por una tenue niebla azulosa,  
hasta que el peso del amor lo detuvo...

Y entonces un águila hendió el firmamento y entró, palpitante, en el nuevo sol,  
ya lanzado otra vez a la parábola de sus resurrecciones y muertes.  
A lo lejos, en la virgen tierra que asomaba, Xilonen empezó a cantar,  
y luego, tras soltarse su cabellera de mariposas, entró desnuda en el agua  
y avanzó, cara al viento rumoroso de besos, hacia el tronco que se balanceaba...

-47-

### **CORO DE DONCELLAS:**

Oh verano de la sangre  
tendido en los ventisqueros!  
¡Oh Deseo, oscura hormiga  
en corporales graneros!

-Y advino el tiempo del

### **SOL DE VIENTO:**

Cayó del cielo la primera ave, bruscamente madurada a blancura y dureza,  
plomada de hielo vertical soltada sobre el áureo estupor de las tierras altas,  
y sonó como un golpe de fruta sobre un atabal nocturno.

Y un miedo de hoja se levantó en vilo sobre los ríos:

anuncio de la muerte por el frío sobre la tierra, porque los hombres  
habían aprendido a amar demasiado lo real, ¡oh hermanos en Tonatiuh!,  
y el Gran Espíritu había huido con el sol...

Y la nieve y el viento llegaron juntos, como una girante pirámide invertida, heraldos

del monarca radiante y puro que esculpía en el fondo de todo lo creado una instantánea muerte de estrella,  
dura presencia transparente del sueño absoluto,  
ingrávida soberanía del hielo sin rodillas que ajusticiaba con una dulzura de mano de musgo sobre el agua...

-48-

El gran enemigo de la llama avanzaba con sus corimbos de silencio,

propagando doquiera la inmaculada apoteosis de sus geometrías.  
Violadora deidad sin sombra, de ademán azul y mirada de cal de luna,  
a su paso las humaredas se derrumbaban sobre sus pies de espejo  
y nacían erizos de cristal en las profundas leches...

Oh orfebre de las briznas, joyero de los insectos, verdugo de horizontes!

Era el reino de la luz difunta, ¡oh hermanos! No había luz en el mundo, sino una claridad boreal sin alas.  
Era el reino de la muerte por súbita estatura y filigrana de escarcha.  
Era el reino sobre la tierra de la perfecta calavera de cristal de roca.  
Era el reino de los vientos de la soledad que soplaban sus caracolas arrodillados a los pies de Coatlicue,

o de los que se habían ahorcado en los inmensos bosques mudos  
y colgaban de las ramas como banderas mojadas,  
o de los que yacían exánimes sobre las cornamentas de grandes rebaños inmóviles,  
mientras el rey glacial dormía en la azul soledad de sí mismo  
y el negro Tezcatlipoca lanzaba a través del anillo de las constelaciones la pelota de su luna...

Pero el imperio de la noche, ¡oh hermanos!, era negado por las estrellas,

que colgaban sobre las blancas montañas del dolor en cuyas laderas  
-49- gigantescos árboles de sangre interrogaban al cielo entre ruinas y nieblas de lágrimas.

¡Oh estrellas de la resurrección, ternura de la esperanza del universo,

cascadas de lianas de luz en descenso seminal hacia la tierra de piernas abiertas!

¡Oh entrañas de Coatlicue en cuyas honduras una fuente comenzaba su murmullo de metamorfosis: subía...!

### **CORO DE DONCELLAS:**

En la piedra de los dioses  
el símbolo exacto anida.  
Mas el amor tiene estatuas  
de viento y de llama erguida.

-Y llegaron los días aciagos del

### **SOL DE FUEGO:**

La lontananza seguía roja de un atardecer que no cedía sus luces a la noche,  
sino que se vislumbraba como un lento y raso alud de resplandor,  
mientras atrás las frustradas tinieblas yacían entre la luna y la Estrella de la Tarde...

Lentamente se desvanecían en el cielo del oeste las guedejas del crepúsculo,

-50-

al tiempo que millares de luminarias se encendían sobre el círculo del horizonte,  
como un collar de fogatas colgando del cuello estival de la tierra,  
y un sordo retumbo de innumerables pezuñas confirmaba la insólita migración  
de vastos rebaños de venados...

Avanzaban a un ritmo letárgico, fijos los inmóviles ojos en las distancias que no veían,

y balanceando levemente las testuces de las que surgía el espanto ramificado de las astas,  
que ardían como simbólicas grecas de la destrucción que propagaba su marcha.

Con ellos llegaba la apoteosis del espíritu entregado a sus despóticas llamas  
y a la consumación cósmica de sí mismo.

Porque alma y mundo habían sido totalmente sacrificados a los estáticos dioses sin tiempo  
y la tierra no era morada, sino umbral gastado por los pies de las generaciones sin destino...

Huían de las astas las mariposas del fuego: ardían las cosechas y los árboles,

bocas furiosas mordían las piedras  
y desnudos sacerdotes de viento y llama braceaban en la cumbre de las colinas;  
de los zarzales saltaban bruscos guerreros rojos,  
jorobados de centella rodaban por los taludes,

-51-

la brisa arrojaba doncellas de ceniza sobre los esqueletos de carbón de las selvas;  
tras un grito se inflamaba una cabellera de mujer,  
las palomas trazaban en el aire el arco fulgurante de su muerte  
y en las atalayas de los templos se clamaba el mensaje feroz de las estrellas...  
Silencioso quedó el mundo, negra la tierra, como la estatua derribada del dios  
que tiene su lugar en el norte,  
y en el cielo el humo levantaba inmensos brazos de mendigo...  
No había sol ni luna, ¡oh hermanos en Tonatiuh!,  
y en llanuras y montañas, en lo cerrado y en lo disperso, toda vida había huido...

Pero arriba, en la expansión de la última altura, comenzaban a abrirse los ojos de arco iris de Tlaloc,  
y en el surco de su boca asomaba la brizna de una sonrisa.  
Despertó el dios a la congoja de su espíritu al ver sus manos desnudas de retornos  
y su corazón se llenó de recuerdos que subían a sus ojos.  
Suavemente lloró Tlaloc sobre sus manos abiertas,  
donde las lágrimas se convertían en agua viva que cantaba el futuro: ¡caía...!

### **CORO DE DONCELLAS:**

¡Ay que no nazca la luna  
roja de Tezcatlipoca!  
¡Oh terror de negros senos,  
parto de sombra en la roca!

-52-

Calló Quetzalcoatl. Luego se acercó a Xelhua, su discípulo más amado, y murmuró:

-Di a las doncellas que suelten los pájaros...

Y, dirigiéndose a todos, añadió:

-Es tarde, hermanos. Y pronto el cielo será de la luna. Hasta mañana, al alba...

Y, solo, se dirigió lentamente hacia el árbol cercano donde Nanotzin lo esperaba.

Al llegar, Quetzalcoatl sonrió: al rumor de alas que pasaba por encima de su cabeza,  
al dulce rostro de Nanotzin y a la blanca túnica que ella le tendía en silencio...

-53-

### **El Quinto Reino**

-[54]-

-55-

Quetzalcoatl esperó que callaran los pájaros, ya subida la aurora, y comenzó así:

-Sobre el derrumbe de la noche ya el día empieza a levantar sus muros de dorado adobe,



¡oh hermanos en Tonatiuh!,  
y con la brisa llega el temblor de las últimas estrellas y el lejano gorjeo del cenzontle.

Raíz sois, ¡oh hermanos!, de la voz que florece en mí,  
de las palabras donde pesa lo inefable del balbuceo de la tierra,  
el conjuro de los cielos  
y el canto del espíritu.

Yo soy el que invoca y anuncia, fundador de horizontes en la patria de la vida.

¡No dejéis que mis palabras pasen por vuestras almas como el viento  
a través de las mallas de las tendidas redes...!

-56-

### **CORO DE DONCELLAS:**

¡Cae el muro de culebras!  
¡Oh la luz, en las orillas,  
calza huaraches de barca  
y agita sus campanillas!

-Yo soy el que afirma y evoca y libera, el eco de la cantante conciencia de los tiempos.

Soy el yo en el tú del mundo,  
boca de alma  
y padre de símbolos.

Hincado en el ser como un ejemplo de árbol, canto la vida,  
madurez que sube de la sombra y termina en los frutos:

¡oh soles que encierran la semilla de la resurrección -danza silenciosa y pura de las metamorfosis!

No sólo venimos a dormir, no sólo venimos a soñar en el mundo:

venimos a vivir los días de nuestro sol de tierra,  
y la hierba de primavera no necesita nuestra muerte...

En verdad os digo, ¡oh hermanos en Tonatiuh!, que venimos a vivir los días de nuestro sol,  
venimos a morar entre las cosas y a comprender que el tiempo gira siempre con las mismas imágenes  
del cielo y de la tierra.

¡Oh cuarto sol, astro de nuestra realidad, esplendor del dios  
por el cual los espacios se abren hacia adelante para la creación,  
nuestros ojos se vacían de los terrores de la noche

-57-

y la muerte huye con su mueca de sílex!

¡Mirad, hermanos, ya asciende, milagroso y cotidiano -infante de oro  
o bola de nixtamal sobre el metate del firmamento!,  
y las sombras abandonan el espíritu, tambaleándose, como estatuas obesas...

### **CORO DE DONCELLAS:**

¡Ay que no nazca la luna  
roja de Tezcatlipoca!  
¡Oh terror de negros senos,  
parto de sombra en la roca!

-¡Siempre, siempre la tierra! Su cielo y su sueño no sufren ninguna triste duración,  
porque para ella, la eternamente abierta, todo momento es futuro y pasado  
y sonriendo inclina la cabeza coronada de viento, hormigas y constelaciones.

No así el hombre. Su mejor canto es de esperanza: en su corazón la tierra no es aún allegada certeza,  
sino presentimiento y abandono fluvial,  
y en sus noches de ojos cerrados el silencio cae como follaje invernal...  
No así el hombre. Su miedo cambia como efímeras cicatrices de sol en el agua  
o palpita como el corazón buscado por la obsidiana.

-58-

Su ademán tiembla al elevarse suplicante hacia las jerarquías astrales  
y al llegar el día interroga las sembradas laderas y los triángulos migratorios de los pájaros...

### **CORO DE DONCELLAS:**

¡Por el aire transparente  
qué rumor de pluma y paja!  
¡Oh risa de Xilonen  
dentro de verde sonaja!

-En verdad sabemos, ¡oh hermanos!, que los impasibles dioses  
mueren cuando el hombre nace a su destino  
y que la dulzura de la primavera en los ojos de las núbiles  
anticipa la hecatombe de las piedras ensangrentadas  
y derriba los altos silos de los huesos.

Somos la paz en la fuerza, ¡oh hermanos!,

y nuestra alegría se baña en las jaspeadas aguas de la aurora,  
lejos del lugar donde los atabales convocan filos y penachos.  
Establecemos códigos de astros para los hundidores de semillas  
y grabamos en los troncos leyes de luna y viento para los adalides de rebaños.

En el amor caemos y brillamos, como una trenza de agua sobre un hombro pétreo.

Decimos: montaña, girasol, pez, árbol, rayo, como si mencionáramos  
los motivos de la vasija pintada de nuestra alma.

-59-

Pero esto no es más que una claridad que nos sobrecoge y consuela  
para que sin máscara podamos ser testigos de los partos de la luz:  
lo real que nos modera, acrecienta y aloja...

El deseo

es como el halcón que desde la altura de su acecho interrumpe su vuelo circular  
para lanzarse a la creciente delicia de su caída hacia la presa-

tal el adolescente se desploma sobre la ramera de risa de cinabrio  
en la que dilapida su siembra como sobre una roca...  
Sólo en la esposa colmada los orígenes nos sueltan para que a tientas  
regresemos a ellos recordando profundamente.  
Entonces nuestros ojos cantan y murmuramos: *mujer*, ante la que tiembla  
como una humareda en mitad de un campo.  
Pero tomamos en brazos un río dormido, que depositamos sobre las montañas del futuro,  
y así el mundo no agota nuestros actos y todas las cosas vienen iluminadas hacia nosotros.

Aquí estamos, ¡oh hermanos en Tonatiuh!

(erguidos en nuestro hoy, colgando como atónitas corolas del cielo,  
vibrando como flechas detenidas en el aire, hijos del tiempo y combatiéndolo  
-sombra delante y sombra detrás-, tiempo de huracán de espinas y de soles erizados,  
tiempo de coito entre cacto y horizonte, tiempo de litigio de antorchas nómadas y semillas negras,  
tiempo de sauce -60- hendido y de simios estrangulados por las hiedras rojas,  
tiempo de castidades bajo la mirada del jaguar, ¡oh lluvias!  
¡oh iras de cobalto en las cumbres, hijos míos!);  
y aquí somos,  
¡en la comunión de la palabra que es flauta de los que lloran,  
chinampa de imágenes y salto del venado de la sangre!

Cantar es desembocadura,

pasmo de agua tranquila bajo los ojos aprobadores del firmamento.  
Cantar es llegada  
después de las infinitas noches de cuerdas tendidas en el silencio del instrumento de la tierra.  
¿Puede el corazón permanecer mudo cuando la mirada celebra la alegría  
de la colmada mano dadivosa?  
En el canto, las estrellas de la espera entran en lo inefable  
como levadura de eternidad.

Río de las generaciones en incontables figuras entrelazadas en sudor, lágrimas y semen,  
¡oh subterráneo caudal de besos, coágulos y luciérnagas lanzado a la marcha del ser,  
ciego aluvión de hambres y muerte en cuyas orillas se jalonaban los pétreos pastores inmóviles  
y La Terrible Divina cantaba, devoraba y acunaba,  
mientras en los remansos donde brillaba el espíritu los herederos solares de la vida  
levantaban sus torsos de llagada amapola!

-61-

### **CORO DE DONCELLAS:**

¡Dentro de un viento de hiedra  
el sueño rojo murmura!  
¡Y en los vados de amor calla,  
con agua hasta la cintura!

-Que el canto, ¡oh hermanos!, dé pensamientos al alma, más allá del raudal y el acorde,  
porque en verdad moramos entre dos reinos, y de contrarias potestades somos partición.

Celebremos la aurora con el grito alborozado que nace como vela en el mástil,  
y dejemos que el silencio plante sus tiendas en nuestro espíritu, al atardecer,  
cuando la ladera del collado es ternura y el sol se hunde arrastrando su roja vestidura  
y llega la desnudez de la luna...

Moramos entre los trofeos del sol y las idolatrías de la sombra, entre el águila y la serpiente...

El ave sagrada arriba, oh vigilancia de las diáfanas alturas y símbolo de luz en la luz-  
el pensamiento cerniéndose y girando en sus propios éxtasis, presa de la áurea calma  
del silencio donde se apoyan sus grandes alas,  
subiendo,  
alejándose de las terrestres llamadas como una ráfaga de polen,  
cerrando

-62-

en el ancho círculo de su vuelo lo que en su repudio ya ha olvidado:  
guirnalda blanca de sus cumbres natales, llanuras de la memoria, árboles de la vida,  
tormentas de la pasión, humaredas de la tristeza, río del tiempo;  
ascendiendo  
como el puro meteoro de la soledad que lo aniquila con sus estériles fuegos,  
ardiendo  
con los ojos fijos en el sol absoluto de sí mismo cuya imagen le devuelve el espejo azul del cielo,  
extinguiéndose  
en su dura conflagración de ascua, enfriándose...

Forma furtiva, ¡serpiente!, fría sangre de evasivos meandros, boca de silbo y muerte de doble pistilo-

¡oh materia de sigilo, huida de trenza y pesada caricia sobre palpitantes arcillas,  
ovillo de hartura soñolienta en los profundos bosques y viscoso laberinto de onda y anillo!  
¡Oh círculo de reposo sobre las tibias rocas del devenir-  
Conciencia de fijos ojos que derribas los pájaros de la inocencia,  
asaltas con tus raudas ponzoñas a los hijos de múltiples brazos de la aurora  
y danzas tus crueles sabidurías hasta que las mieles del día te convierten  
en una flauta de joyas, diminutos soles y agujeros de sombra!

-63-

De tu inmovilidad fluye la música: atravesada por el viento y tocada por los dedos de la lluvia,  
el puro son se tiende como un puente entre la negra y abierta montaña de la historia  
y las rojas colmenas del tiempo...

## **CORO DE DONCELLAS:**

¡Ay que no nazca la luna  
roja de Tezcatlipoca!  
¡Oh terror de negros senos,  
parto de sombra en la roca!

-¡Aguas

del Quinto Reino! ¡Aguas  
silenciosas que huellan el alma con sus cotaras de musgo!

¡Aguas

de eterno ritmo y retumbo, cunas profundas entre muros golpeados por puños de espuma! ¡Oh verbo en los oleajes del espíritu de la vida, la gran invocación del elemento primigenio, oh aguas resplandecientes y puras de la liberación y la eternidad a través de las imágenes esenciales! ¡Oh aguas, balumbos marinos de alga, ola y ala, desnudez trágica y jadeante del Desollado azul con cuya piel de oro se cubre el día de la tierra!

¡Aguas

sembradas por la luz!

-64-

¡Anchas magnitudes de la memoria como fluviales ancianos sepultados por milenarias lunas! ¡Oh urnas de reposo donde el desnudo pensamiento se sumerge y tañe los rayos-cuerdas de la cítara solar!

¡Cantemos, hermanos en Tonatiuh, las cíclicas aguas totales, las puras fuerzas de la epifanía del espíritu abrazado a la naturaleza, donde palpitan los retornos engendrados por la eyaculación de soles del infinito amor, oscilantes puentes de oro tendidos entre la nada y el futuro!

Caudales y visiones, incansables cuerpos de los ríos, acostada estatura palpitante de la belleza, ¡oh aguas del amor y la Estrella, asalto de rompiente que levanta los felices nombres de la tierra, ¡surgencia del canto...!

-65-

## El descenso

-[66]-

-67-

Como piel de venado

vahea la colgada  
y blanca vestidura  
de Quetzalcoatl.

Cuerpo desnudo

aun brillante de lluvia.

¡Oh rincón de la llama!

Silencio de las cumbres  
en la choza de troncos.

Siglos de lunas

habitan en los ojos  
de la inmóvil anciana  
de sílex y de humo.  
Del techo penden  
golondrinas de musgo.

-68-

El viento del invierno

muerde oscuras cortezas  
en el bosque profundo.

Sacrificada noche.  
¡Oh corazón de luna!  
Las manos de la diosa-  
dos hojas de crepúsculo.  
El fuego se coloca  
las máscaras del mundo.  
Entran rojas mazorcas  
en la colgada túnica.  
Ya duerme Quetzalcoatl,  
desnudo.  
Las manos de la diosa  
tocan nieves de luz.  
El hombre  
en su sueño se sume...

\*

Está la tierra inmóvil,  
el sol sin movimiento,  
huecos todos los hombres  
y detenido el tiempo.

-69-

En marchitas memorias  
duermen águilas ciegas.  
Aguas de espejo atónito  
guardan colgados vientos  
y en sus urnas acopian  
lunas de leche pétrea.  
La espera es una boca  
llena de piedras verdes.  
Por oscilante soga  
de raíz y tiniebla,  
desciende Quetzalcoatl  
al país de los muertos.  
En su gran caracola  
no se ha dormido el viento.

Monarca de su sombra,  
mono de su tristeza,  
lleva auestas un monte  
de imágenes deshechas.

Su blanca, caracola  
oscila en el silencio.

Baja escalas lodosas,  
abre puertas de piedra...

-70-

Lejos susurran hojas  
de fósiles recuerdos.

En su helada corona  
brilla su Astro de fuego.

Como un gran ciego nómada

del Reino de la Muerte,  
lo acompañan Xilonen  
y gusanos y abejas.

A los lados, alcores  
de alondras y murciélagos.

Tras los vados herbosos  
y entre negros roquedos  
brillan con luz mohosa  
los esparcidos huesos.

Y tejen sus canciones  
con hilos de agua espesa:

-La alegría dormimos  
del eterno crepúsculo  
en el País sin fin  
de yacijas de musgo  
donde se alarga el silbo  
de fétidos augures...

-71-

*Porque de nadie será el Reino...*

-Felices, ¡oh felices  
ojos de cempasúchil  
y sexos de cal líquida!  
Contra todos los frutos  
y sus rojos motines,  
las sílabas del búho...

*Prevalece la sombra de Texcatlipoca...*

-Cantamos las cenizas,  
los hediondos tumultos,  
los poderes extintos,  
los gritos, en la bruma,  
de las aves marinas.  
Somos flautas de tumba  
que niegan los orígenes  
y besamos los surcos  
que trazan las lombrices  
con nuestros labios sucios  
de jeroglíficos...

*Porque de nadie será el Reino...*

-Somos sólo un susurro  
de fósforo y llovizna,  
una voz moribunda  
en un valle perdido.

-72-

La eternidad afila  
la muerte que dormimos...

*Prevalece la sombra de Texcatlipoca...*

Quetzalcoatl ya sopla  
sus sonidos terrestres.  
La gran estrella roja  
titila ahora en su pecho.  
-... la eternidad... afila...

*Porque de nadie será...*

-... la muerte... que dormimos...

*Prevalece la...*

De miedo y horizonte  
termina el frío incesto.  
Perros de sombra roen  
los apagados huesos.  
La callada Xilonen  
apila oscuras mieses.  
Quetzalcoatl, en torno,  
describe cuatro vueltas,



órbitas de los soles  
de antiguos firmamentos.

-73-

Su nahual luminoso  
se agiganta en el viento.

De mujeres y de hombres  
juntos están los huesos,  
atados por Xilonen  
con trenzados vencejos.

Rueda una luna monda  
por osarios agrestes.

Fuerte de hondos dolores,

Quetzalcoatl se acerca,  
toma la hacina enorme  
y comienza el regreso.

Nacen vuelos de alondras  
en sus sueños abiertos.

Hormiga de su agobio,

Quetzalcoatl asciende,  
cargadas de retornos  
sus espaldas maternas.

A nuevos meteoros  
suben los fríos huesos.

Con barba de sudores  
y en sirga de resuello,

-74-

lleva resurrecciones  
y futuro a la tierra.

Quetzalcoatl el hombre  
sigue tortuosas sendas.

Pega el jadeo al lodo-  
se alza y se tambalea  
sostenido por sombras  
de hondas madres olmecas.

Esparcido en el hoyo  
queda el haz de osamentas.

En la gran caracola  
el viento canta y rueda,

y, hecho espíritu, corre  
hacia los duros huesos.

Sombra de Quetzalcoatl  
asaltada de helechos.

Reúne el haz Xilonen,  
hija de sus esperas,  
y con rebozo de hojas  
envuelve su silencio.

El viento queda inmóvil  
como un beso de hielo.

-75-

En su congoja, el hombre  
siembra sobre los huesos  
la gran Estrella roja  
que brillaba en su pecho.

Pero los huesos mundos  
siguen sin movimiento.

Quetzalcoatl entonces  
se hiere hondo en su sexo,  
y la sangre que brota  
rocía estrella y viento.

Bajo el cálido chorro  
la osamenta florece.

¡Oh sangre creadora  
del alma en la materia,  
simiente de ascensiones  
en las bodas del fuego!

En las tinieblas afloran  
verdes bocas de génesis.

¡Oh fecundantes soles  
en la entraña del tiempo!  
¡La maternidad cósmica  
lleva a la luz lo eterno!

-76-

Salpicada de aurora,  
Xilonen se detiene.

Ya rasga Quetzalcoatl  
el telúrico seno-

bulto de mariposas  
son ahora los huesos.

Y a sus espaldas oye  
el nuevo canturreo:

-¡Ay! Subimos, subimos  
a los claros azares  
de morir en la vida,  
de nacer al espanto  
de la rosa del día.  
¡Ya llegan los heraldos  
de los terribles trinos!

*Porque de Tonatiuh es el Reino...*

-¡Ay! De sol ataviados  
y por la luna ungidos,  
lloraremos gargantas  
de putrefactos líquenes.  
La leñadora Sombra  
no afilará sus hachas  
con sollozos...

-77-

*La Estrella es la mirada del Espíritu...*

-Brillantes de salitre  
y murmurando mohos,  
lentamente salimos  
por las fauces de polen  
de jaguares divinos,  
en parto de horizonte...

*Porque de Tonatiuh es el Reino...*

A palpitantes formas  
tristemente advenimos.  
¡Redoblan los tambores  
de vida  
de nuevos corazones!  
¡La sangre amanecida  
danza rojos terrores!

*La Estrella es la mirada del Espíritu...*

Xilonen sigue inmóvil,  
mitad luz y tiniebla:  
hierática mazorca  
en basáltica estela.

Quetzalcoatl se asoma  
al alba de su anhelo.

-78-

-Redoblan... los tambores...

*Porque de Tonatiuh...*

-La sangre... amanecida...

*La Estrella es...*

Auroral y teogónica

va asomando la testa  
en medio del atónito  
florecer de la tierra...

-79-

### Ojo desnudo, vestida voz

-[80]-

-81-

Quebrador del Arco y Maestro de Discordia, me han llamado.

Diré cómo me ungió el sueño ante la sumisión de los cuatro rostros del viento

De las aguas dormidas yo surgía, sin otro canto que túnica de aire y aroma entre mis hombros y mis pies,  
¡oh erguido nómada de mis palabras en el umbral de abejas del conocimiento!

Era la hora de la primera ternura de la luz, y en el País Alto donde las noches

nacen con lepra de plata en el rostro y los días llegan con máscaras de cuarzo,  
cuando ofrecí a la Estrella la flor de escarcha de mi corazón y me investí de hojas  
contra vosotros, ¡oh Poderes

sin estación ni risa, soledades rodeadas por las gigantescas tortugas invertidas de vuestras leyes!

-82-

Soñar es abrirse

mientras lo real hila vuestra sonrisa ante la unánime ovación de los maizales del amor,  
¡oh Amantes que os doblegáis para ataros a un mismo haz con lo amado  
y escuchar el trenzado gemido de ave que alzáis en canción hasta la frente del cielo,  
en testimonio de la tierra, oh fieles de esplendor que negáis la sombría carcajada  
de lava entre los muslos de una núbil...!

No quebré el arco, pero mi flecha ha doblado el recodo y asciende hasta la más alta fuente  
de donde nace la que danza acostada sobre la tierra. Como el agua sois, ¡oh Amantes!

Y como el agua os levantáis de vuestro cansancio de sol para entrar en el invisible torbellino  
que traza su espiral sobre los silencios en flor de las cimas de la creación -tú, el hombre,  
que a tientas vas otra vez por los veranos del deseo; y tú, mujer, cargado de luna tu regazo,  
que te doblas en el asilo de la madurez redonda del fruto, para que así el tiempo no envejezca al mundo.

Pero el canto va más allá de la desnudez dormida de la Amante  
(rostro y cabellera de cometa detenido,  
ansa rota del brazo izquierdo,  
leve flexión de las piernas que sostienen aún el éxtasis y cataclismo de las caderas,  
la mano abierta al salario del silencio,  
el sexo como canoa varada en el fondo de la bahía del vientre  
-83- y el olor de las axilas invadiendo afuera la sombra de los árboles...),  
rueda en torno a la resurrección que palpita en lo cerrado,  
a donde inútilmente golpean los dioses sin nostalgia...  
El Amante, en cambio, como el emblema de su dual origen,  
cuelga sobre la calma montañosa de la música de su radiante fuerza,  
rozado únicamente por el aliento inmemorial y la llamada del futuro.  
Sólo quien sereno sube de la sombra y tiembla en la luz puede presentir lo eterno y,  
colmándose en la alabanza infinita, hacer que las cosas moren en el espíritu.  
Dulce es lo temporal, y nada importa que la muerte hincó su uña de zopilote  
en el flanco de corola de la mañana.  
Halcón dorado, vuelo de alertas, a mi hombro te allego, y en la lunación del verbo,  
las imágenes federo bajo la ofrenda de los senos del alba.  
Ojo desnudo, vestida voz, me llamo a mí mismo.

-[84]-  
-85-

## La embriaguez

-[86]-  
-87-

-No hables, Nanotzin, no levantes la cabeza apoyada en mi hombro.  
Los álamos de plata se balancean en el viento. No hables. Cierra los ojos.  
A mi memoria vuelven olvidados rostros,  
agoreros huesos,  
aves aurales.  
Mis manos te acarician con sombra de alondra.  
Estás desnuda.  
Las estrellas aún duermen en el rocío de las piedras.  
Estás verano,  
estás hierba,  
estás luz sobre un cuchillo.  
Eres y estás. No hables. Mi alma hunde su cántaro en mi espíritu.  
Soy Ehécatl y huyo con los pájaros y la cítara de la lluvia; soy Topiltzin y viajo con harapos de viento;  
soy Quetzalcoatl y camino llevando a cuestras mi árbol de piedra.  
-88-  
No hables, Nanotzin. Tu sonrisa se hunde como un anillo en el agua.  
El alba quiebra sus flechas a tus pies. No abras los ojos.  
Mis palabras, como el agua, siempre van vestidas de imágenes. Agua de recuerdos  
y de desembocadura... Había un jeroglífico de luciérnagas a los pies de los cuatro gigantes de Tula.  
El horizonte avanzaba con sus lanzas y alaridos. Caímos todos. Reían filos y había mariposas  
de sangre en los muros de adobe. Se hundió el puente de llamas sobre el río negro...  
En tus ojos nacen árboles dorados, Nanotzin, nombre habitado de follaje.

Entré en ti como un coyote de dulzura.

Antaño anduve tambaleándome, abrazado a un sol de polen, y mi voz era un hacha en el bosque de las teogonías. Más allá del país verde se asomaba la sequía coronada de espinas.

¡Cómo pesan los besos, Nanotzin! Sembré soles en tu vientre. Ayer eras la doncella de las brillantes guedejas. Hoy te llamaré Chalchiuhtlicue de rostro de agua cuadrada.

¡Siempre piedra y agua! Eternidad de piedra. Tiempo de agua. Los álamos semejan centinelas de oro en el aire azul.

Soy el mesías de la luz contra los siglos de piedra roja,  
los sacerdotes vestidos de insecto  
y la sangre dilapidada.

Vine del este con una gaviota dormida en mi hombro; risas de -89- palmeras trazaron mis caminos; una máscara de sal decía quién era yo.

Nanotzin, no duermas. Abre los ojos. No hables. Mírame. Mis palabras esculpen tu silencio.

En tus pechos se ocultan dos tortugas de miel.

Te llamaré día de cereal,

anchura de barca sobre mis aguas más hondas.

¡Siempre agua y piedra! Un día me iré por el agua, río arriba, hacia la paz de los meandros, hollando la serpiente blanca tachonada de soles.

Mírame, Nanotzin. Tócame con tu sonrisa de amapola.

Estoy desnudo. Mírame.

Estoy llama,

estoy primavera,

estoy espiga...

Ahora en el cielo acecha un tigre de esmeralda y la acurrucada sombra del nopal, afuera, más allá de la puerta, se mueve y avanza lentamente hacia nosotros...

La sombra se yergue como un laberinto de fauces y matriz y símbolos, y centellean los fríos y verdes ojos de Coatlicue, la sombría madre, la madre muerte y la madre vida,

la diosa madre,

de senos colgantes,

collar de manos cortadas

y corazones arrancados.

¡Ay, Nanotzin! La de ojos verdes nos mira fijamente desde la sombra rodeada de aurora, y su collar llora sangre. Ahuyéntala, -90- Nanotzin, con la luz de la Estrella de la Mañana que se refleja en tus ojos.

La chorreante sombra retrocede, Nanotzin. No cierres tus ojos de manadero.

Ya no estamos solos ante los voraces orígenes, porque la sangre canta dentro del árbol del cuerpo, el árbol donde Tonatiuh mora cargado de frutos.

El futuro, Nanotzin, pertenece siempre a las madres luminosas, como Chimalman,

que fue la mía, y esperó desnuda ante el maguey, con el cuerpo pintado de rojo y amarillo,

para recibir al que fue mi padre.

¡Mira el maguey, Nanotzin, allá junto al nopal ya sin sombra! Mayáuel surge entre las anchas hojas, la diosa del pulque,

la mujer de los cuatrocientos pechos henchidos con los que amamanta a las estrellas.

Soy Quetzalcoatl de luz y de viento, Nanotzin. De mi fin nacerá mi principio.

Respiraré en el tiempo, moraré en mi Estrella y en mi último vuelo me acompañarán las gaviotas.

Hundiré mi coa de fuego en la sementera de la eternidad y de mi semilla brotarán nuevas milpas de astros.

Nanotzin, tu cuerpo es mitad de fuego, mitad de oro, como el de mi madre,

y el rumor de mis álamos en él halla cobijo.

Cuando salga el sol desaparecerá del cielo la Estrella que ahora brilla en mi mano de albor.

Entre sauces te vi la primera vez...

-91-

Apenas te miré entonces, entre los sauces, porque poco antes había escuchado en mi corazón el primer canto de la tierra.

La noche anterior había luchado contra Tezcatlipoca y aún llevaba cicatrices de sombra.

Dejé a tus pies la flauta de barro del niño de la noche y me marché hacia el río.

Nanotzin, toma mi Estrella: la eterna hormiga de luz...

Mucho he cantado el sueño de la tierra

que se asemeja al libro de los destinos pintado por los cuatro vientos del alma.

Siempre cantaré la tierra visible que recuerda, invisible, en mi corazón de semillas.

Pero no somos la tierra, Nanotzin, porque la muerte estable pesa en nosotros, y es nostalgia y distancia.

¡Cantar la tierra! ¡Oh, Nanotzin, el canto no basta entre la Nada y las furiosas Madres incansables!

¡Oh ser la tierra, un día, no cantarla como un niño que grita su miedo en un cráter extinto!

Siempre recién llegados, agradecemos lo perecedero:

un umbral,

una mazorca,

una flor,

y las cuerdas de nuestra música son caminos que corren infinitamente hacia el pasado,

bajo los astros interrogadores.

-92-

¡Oh amada tierra, demasiado han servido mis ojos a mi voz! Y en el canto poco viví la eternidad.

Sólo en caída y ascensión somos terrestres: entrega y don en el ritmo de los martillos del amor.

¡El viento en el yunque, Nanotzin! ¡La danza!

¡Oh grávida soledad de la tierra! ¡Oh silos de las esperas de la creación

donde duerme el vuelo de las bandadas de oro del futuro!

¡Oh pájaros surgidos del arco de la angustia y lanzados a la llamada de los puros espacios del ser!

Ante la nueva luz callan las antiguas voces, Nanotzin.

Pon la cabeza sobre mi pecho y escucha el canto de mi corazón.

La sombra del nopal sigue inmóvil. ¡Escucha!

¡Oh tambor de primaveras en el que redobla el ritmo de la sangre!

¡Oh brusca elevación del salto que nace en la música de las raíces!

¡Oh libres árboles de la fuerza que asciende hasta la dulzura y temblor de las constelaciones!

¡Mírame, Nanotzin! ¡Danzo para ti la alegría del mundo! ¡Danzo alrededor de tu cuerpo

y ante los inmóviles álamos rojos de la mañana!

¡Danzo en el cielo, en las encrucijadas de las brisas, mientras la tierra, debajo de mis pies,

juega con sus frutos y niños de niebla!

¡Soy un beso florido que danza, Nanotzin!

-93-

¡Cómo callas desnudez con los ojos cerrados! La luminosa hormiga se ha detenido sobre tu rodilla...

Callas remansos,

callas cimas,

callas fuegos de la tierra.

Arrodillado a tu vera, ya mendigo otro canto con manos extendidas y trémulos labios.

¡Y caigo, Nanotzin! Las raíces me llaman. ¡Lluevo! ¡Lluevo sobre ti, Nanotzin, tierra mía!

Ya soy agua acostada,

espejo de ti,

interjección de espuma,  
hormiga...

El hilo de mi viaje se alarga por tus comarcas: tibias laderas de los vientos,  
caracola secreta, valle de las dulces lunas, región de las dos colinas, cisterna de los besos...

¡Oh, Nanotzin, de tu cabeza de sauce cuelgan trenzas de brisa y gorjeo!

¡Mécame en tú regazo de corteza,  
arrópame con sombra verde,  
lava mis sueños con savia!

¡Oh! La silbante sombra del nopal se arrastra otra vez hacia aquí. ¡Nanotzin!

¡Llama con tus brazos a las aves del día! Escondámonos debajo de alas vivas...

Protégeme, Nanotzin, de la roja Coatlicue. Abrázame; estréchame -94- entre tus brazos  
de rama y sálvame de la diosa terrible que abre sus ojos dentro de mi pavor de niño;

llévame contigo lejos de aquí, soy pequeño, muy pequeño, más que la hormiga...

Escóndeme, Nanotzin. No hay aves del día: sólo rumor de follaje y la tiniebla de verdes ojos minerales,  
la rampante sombra sin estrella. Abrázame con fuerza, árbol de la vida... Húndete en la tierra

hasta las rodillas, madre... Quiero dormir en tu regazo, Nanotzin... Húndete..., así. Contigo el tiempo  
no es violado por el sexo de granito de la muerte... Húndete antes que la Sombra llegue

con sus babosas de silencio... Así... Ya te hundes... Y sonrías a gaviotas, girasoles,

arcos iris que vienen a tu encuentro... ¡Oh! Abres tus ramas al mar... la ola se levanta,

se hincha, se encrespa, y cae, y duerme..., y yo también caigo y duermo... llovizno..., me duermo...,

llovizno sobre ti, madre gigantesca, y toco tu collar de mazorcas... Mécame, Nanotzin...,

cántame el mar, cúbreme...

-Sí.

△

## El espejo humeante

-[96]-

-97-

Al atardecer había cruzado el río: angosto cayuco negro, aguas amarillentas,

sol de pedernal mojado y el roto fulgor blanco de una garza sobre su cabeza.

Jacintos flotantes, lentos cerca de las orillas y más rápidos en el centro, girando.

Y el zopilote arriba, en la cintura del cielo, ave horrenda de maravilloso vuelo al que dio sus ojos,  
mientras el cayuco describía su arco en las aguas y llegaba al lugar de los juncos erguidos.

¡Oh cuerdas del ocaso! Trenzados colores oscilaban en el aire cuando saltó,

ya sin sol, en la tierra blanda donde se hincó la proa como el pico de un gran pájaro.

Y olió el primer humo de la noche, y en su espíritu las palabras se juntaban  
como hormigas alborotadas, mientras redonda nacía la que es tierna en el cielo...

Quetzalcoatl vio la blanca mujer agorera de levantados brazos acostada

sobre el tupido follaje de los pinos. «Ha venido del agua y pronto se deslizará hacia la vereda.

Niebla. Tendida -98- cara a las estrellas, escucha el rumor de su padre el río. Niebla...».

Andar con la cabeza dormida y el cuerpo despierto. Andar los pensamientos como sueños,

las imágenes como puentes, y menos sombra y más sombra, dormir y no dormir,

cada vez más alejado y más cerca de sí mismo. Es hermosa la gigantesca mujer

niebla desnuda en el arbóreo lecho, y sus largos cabellos de vilanos y espuma...

Hermosa como Nanotzin cuando... Tuit, tuit... Nanotzin cabe el sauce, en la otra orilla,

abierta, brillando como una jícara mojada. Chiut, chiut... Pájaros de mal agujero.

La lechuza en la hornacina del silencio, y el búho, el pájaro bellaco, según las viejas,

que agujerea el cabello con que se ha de beber en el país sin horizonte... Tuit chiut...

Y Nanotzin dormida, ayer, y el río mirándola entre las ramas con ojos de sol multiplicado,

Nanotzin, la que es tierna en la tierra...

*Silbo tu tú,*



*hipo tu yo,  
busca tu búsqueda  
del sí y el no.  
Silbo tu tú,  
tu Tú...*

Y

*Vuelo y sigilo*

*entre follajes  
y profecías-*

*-99-*

*Chilam Balam,  
murmullo y siglos...  
¿Ya tiene tu alma  
su chalchiuhuitl?*

La agorera de cien brazos se desliza de su lecho de frondas al tiempo que peina su blanca cabellera de susurros que huyen a horadar la espalda de las montañas:

*Pesada de leyendas,*

*ligera de sonrisas,  
me sacrifica el viento,  
me recibe el abismo.*

*Soy anciana y doncella,*

*velaré en abedules,  
me esconderé en las ceibas  
de presagios y búhos.*

*Duerme en mi puro vientre*

*un verde pez tranquilo.  
Tendré una lenta muerte  
de brazos amarillos.*

*Sacerdote sangriento,*

*¡oh sol que me desnudas,  
horror de oro y de piedra,  
boca del Popol Vuh!*

*-100-*

Quetzalcoatl se detiene a mitad de la cuesta, impedido de avanzar por las dos frías manos transparentes que le cogen la cabeza, y en el silencio de su alma oye los murmullos:

-¿Quién nació cuando bajó?

-El mismo que nacerá cuando ascienda.

-¿Has llegado o estabas?

-¿Quién eres?

-¿Has llegado, tú que fuiste creado en la noche?

-Estaba. ¿Quién eres?

-¿Has llegado?

-Sí. Y volveré...

La que camina durmiendo canta y cuenta, lo acompaña ahora que él camina y duerme también entre la lechuza y el búho silenciosos. Tu tú, tu Tú... Ha llegado, sí, de lunas y soles y murmullos antiguos. Pero estaba. La niebla canta entre sus piernas. Estaba como está el pensamiento del viento en las velas deshinchadas de las almas. La niebla sombra florida cuenta y llora y susurra su canción tejida con hilos de río: *Un cerro de calaveras hará una rueda blanca sobre girasoles secos...* El augur del este le dijo, junto al humo negro: «Cuando hayas lapidado los recuerdos con piedras de estiércol entrarás en los solares katunes lejanos y dirán de ti: El que enciende fuego en los cuernos del venado, el que pinta su imagen en el viento de la eternidad...». La niebla solloza en su pecho y comienza a narrarle la historia -101- de Ixquic, la doncella que partió en busca del Árbol de la Vida y subió luego a la tierra sin morir... La canción se deshace en el aire y sobre la hierba. Él no es nadie por sí mismo y nadie oye sus pasos, su suave huida de la rota canción. Y murmura dulcemente: «Me voy... Sé el nombre del espíritu que va delante. Hendiré la piedra, esconderé mi nombre, soplaré sobre el espejo humeante que abrirá su hermosura...».

Esparcida, la cabellera canta en el pecho del viento:

*... me he quedado sin senos...*

*... huipil de telarañas...*

*... tendrá ajorcas el cielo...*

*... la danza de las hachas...*

*... en volandas me muero...*

*... tengo sed y soy agua...*

*... ¡ay espinas de estrellas!...*

*... soy un sueño colgante...*

Sale Quetzalcoatl de la canción de la niebla a la noche del cielo estrellado.

¡Oh banderas y arcos y rutilantes flagelos! ¡Oh cereal cristalino y goteante bestiaro y laberinto de surtidores!

¡Oh árbol de números resplandecientes y el titilante gentío inclinando sus lanzas ante girantes cetros!

¡Oh colmenas de donde rebosa la miel negra de la eternidad y detenido huracán de copos y bandadas!

¡Oh maizales de la alegría de sus ojos y sello de felicidad en su rostro levantado!

-102- ¡Y siempre la promesa de los astros coronando la sumisión de sombra de la tierra!

Pero ¿quién dirá la medida y los nombres del misterio de las transformaciones

sino la profunda compañía de la palabra que posee, crea y redime? Te hablo, Noche:

-Hola, piedra:

Eres el estar sin el ser, dura madre a la vez de tu propio nacimiento y de tu muerte en el tiempo donde permaneces sin ser tiempo ni crearlo, porque no puedes mudar ni envejecer dentro de la esterilidad que encierran tus perfectas corazas, inmutable puño y ejemplo de peso, sílaba de espanto y ojo ciego en la hondura del pozo...

-Adiós, luciérnaga:

Te llamo perla voladora y rectifico tu azaroso vuelo para trazar con tu luz el nombre de Nanotzin...

-Te saludo, nopal:

¡Oh pordiosera de las plantas! Espinosa y polvorienta, lacerada de soles y toda manos extendidas, sucia y sedienta, sostienes al águila en tus hombros y sueñas en el corazón de oro del agua que no llegará nunca hasta los monstruos de tu sombra...

-No te muevas, hierba:

Sigue acostada, recibidora de la que da a luz adornada con collares azulencos, cuerpo y lecho de ti misma, y sopla sobre tus senos para que el aire esparza la canción de tus grillos hasta los pies del que erguido no tiene nombre...

-Aquí estoy, Sombra:

He llegado. Sabía que me esperabas en esta encrucijada de los cuatro vientos y del destino. Y aquí he venido a dar contigo, Tezcatlipoca, estéril comedor de colibríes y ladrón de panales, aquí, donde me aguardas desde el día que te sangraste sobre el búho para hacer conjuro de mi muerte. Tu espera ha creado mi llegada. Si de lo que eres huía, sin saberlo avanzaba hacia lo que en ti odio y me confirma, hermano. Te me acercas, y yo contra ti me dirijo. Aquí estamos. Y aquí seguiremos hasta que me derrames o que yo te ahogue, hasta que en ti acabe o que de ti nazca mi principio...

Saltó la sombra,

ligera como una ráfaga invisible, y Quetzalcoatl se inclinó para recibir en su espalda la inevitable y acometedora caída -bulto y peso de jaguar y aferrada ferocidad y abrumadora dulzura: una ancha zarpa sobre su pecho, a la altura del corazón, y la otra clavada en su hombro. Lentamente hincó una rodilla en el suelo, mientras un hilo -104- de voz se enhebraba en su oído: «No seré tu fin ni seré tu principio, Quetzalcoatl. Silbo tu Tú. Habito en tu yo. Hagamos división de poderes: sé tú la Estrella de la Mañana y que yo sea la Estrella de la Tarde. Accede a mi sí e hinca la otra rodilla. Nada puedes contra el eternamente joven, la fuerza que domina a la conciencia, el sol de la noche. En mi espejo duerme y vela el tiempo. Lo sé todo. Soy frío...». Dolor de la sombra y peso del mundo sobre él. Doblado pero no vencido. O será las dos Estrellas o no será ninguna. La zarpa busca su más hondo latido. Tu tú... La tierra sube hacia su boca sellada. Tu tú... «¿Has llegado o estabas? Algo muere en todo nacimiento y algo nace en toda muerte...». Tu tú. «Estoy naciendo, ¡oh desconocida madre oscura! ¿No oyes mi caída?». Tu tú... Seguirá callando, como el tiempo cuando se desnuda de su invierno y como la lágrima que, cargada de imágenes, resbala por la mejilla de un ciego y horada la mano que la detiene. Tu tú... ¿Qué murmullos corren por su espalda de acueducto?

*Temblor y polen*

*de hondo pistilo...*

*Titilan sonos:*

*hilo infinito*

*que une la boca*

*al espíritu...*

Curvas uñas de obsidiana se clavaban ahora en sus cerrados ojos. ¡Oh canta, noche, hasta que el corazón, la brisa y la Estrella -105- se unan en el mismo latido! ¡Sopla, oh dulzura de mar y de cumbres, sobre el sudor que la angustia desova en el cuerpo martirizado! «Abre los ojos, Quetzalcoatl...». «¡No!». No los abrirá nunca para la tiniebla sin rostro. Tu tú... No. Seguirá bajando hasta su nacimiento entre los dos muslos rocosos de la que gime con los senos rodeados de cielo y la pesada cabellera negra hundiéndose en la sima de los sueños. Tú-yo... Yo-tú... «Abre los ojos, Quetzalcoatl, antes que te rasgue los párpados. ¡Mira mi luna negra!». ¡No! ¡Oh murmullos de paja barrida por siglos de viento! Tu tú... Tu tú... «En mi piedra de hermosura he sembrado las imágenes del mundo. Mi espejo confirmará tus sueños y tus deseos...». ¡No! Seguía naciendo, bajando por sus propias sombras, y escuchando la inefable música que vagaba por la noche... Tu tú. Sonaba hollando suavemente la tierra dormida, avanzando

con el ritmo sereno y erguido de una doncella que regresa del río con una cántara llena sobre la cabeza...  
Tu tú... ¡Oh! ¿De qué lejana ladera descendía el maravilloso son de flauta, el filo que se hundía  
y moría dentro de sus ojos sangrantes...?

Caían

sangre  
y mirada!

Oh luna y súbito rostro en el espejo  
vidente-

vertiginosas caudas girantes, espirales de sonos incendiados, estelas de hielo donde se besan  
los colores del pedernal, -106- juncos de cuarzo en orillas de penumbra,  
oscilantes ubres de mediodía, el torso del canto en los vados del alma, bosques que andan  
con cayados de lluvia, espumas viriles solazándose en grietas milenarias, cobres cantando  
sobre la rosa silvestre, mares, tierras y soles en el aliento teogónico del tezontle,  
el tiempo de boca cavada bebiendo el calostro del alba...!

Descendía

en pasado  
y futuro.

Y la voz de las tentaciones hacía  
imagen

«... Por mí te amanece la tierra, y se levantan los pájaros de tus sentidos,  
y caminan los árboles de tus deseos...

Nombra y serás: saldrás del mito y te hundirás encendido en la historia...

Un puño de humus sobre una corola, una mujer desnuda con brazaletes de hiedra,  
un celo de pastor hirsuto detenido en un vientre solar...

Pastos infinitos para los ojos, arrobos de cambiantes formas que se abandonan,  
vinos de los secretos éxtasis, frutos tatuados por el jadeo sobre pieles núbiles...

Penachos arrojados a los pies del poder, muros de escudos -107- sosteniendo  
las postreras soledades, banderas de besos y estandartes de uñas...

Sin mi múltiple eco que contesta: *Tú eres*, sólo viento enloquecido sería tu:

*Yo soy...*, ¡oh mísero bebedor de tu Estrella!...».

Dolor

del Ser,

¡oh Sombra aliada del tiempo!

-Nombre a Tezcatlipoca,

que desciende conmigo.

¡Ya soy, ya soy, ya soy

todo el mundo en mí mismo...!

La Estrella

germinaba

en el hoyo del ojo...

Quetzalcoatl levantó al cielo su paz de rostro mojado - oyó los pesados y lentos pasos

que se alejaban hacia el oeste y al invisible niño de la tierra y de la noche que se acercaba

con su dulcísima música... ¡Oh piedra, luciérnaga, nopal y hierba regresaban a sus nuevos ojos,

y los sonos de la flauta se tendían en su sonrisa...! La tierra descansaba, cerrada, en su espíritu.

¡Canta, profunda ocultadora que te desgarras para que el mundo se ayunte con lo alto!

-108-

*Sube tu tú,*

*baja tu yo,*

*viene el futuro,*

*beso de dos...*

*Flauta del mundo*

*de lábil son,*

*canta el yo-tú*

*de luz...*

-109-

## El libro pintado

-[110]-

-111-

1. Aquí escribiré para mis discípulos más allegados algunas de las palabras que han morado en mi corazón y en mi espíritu. Registraré las verdades de la vida para recuerdo mío y para que después, ¡oh futuros hermanos!, anden hasta vosotros y las escuchéis en la paz de vuestro tiempo y en los soles que se levantarán en vuestra sangre.

2. Digo aquí las palabras como el grano se echa en la sementera con mano que luego implorará la lluvia a los benignos cielos. Con dedos toltecas pinto aquí las imágenes. Que todas ellas se yergan como se yergue la serpiente y que brillen como los ojos de las águilas. Y que los sones de las flautas de mis dulces vientos las esparzan para los hombres y las mujeres que vinieron de los cuatro puntos del horizonte (blanco, negro, rojo y amarillo) y habitan en las llanuras y en las colinas.

3. Trazo el signo de Tonatiuh: el círculo. La boca del profeta del eterno retorno.

-112-

4. Digo que tres son las cosas sagradas: la tierra, el espíritu y el cuerpo. La tierra se toca con los labios, el espíritu se escucha con la sangre y el cuerpo es un cielo que se acaricia con la mano.

5. Digo la canción eterna del fuego entre el hacha y el grillo.

6. Digo que ya me parezco a los siglos que me cambiarán, ¡oh sauce que duermes tus mutaciones en el pecho del viento!

7. Digo que como las aguas cambiaré de rostro. Pienso en el prodigio y el horror del tiempo. El cielo tiembla de estrellas y la tierra de germinaciones. Entro en la estancia donde las palabras me esperaban de pie. Misterio y presencia de las cosas. Con un pensamiento de rama he pintado sol en el lejano río. Cambiaré de rostro. Las palabras callan, sonriendo y desnudas. Son el mundo. Canto las hierbas, los pájaros y los árboles. Elijo la palabra Amor y la amarro al tronco de la aurora. Y ahora me marchó hacia los tibios taludes, seguido una vez más por la bienamada, muda y toda brazos abiertos. De sus senos mana luz, la noche anida en su cabellera y guarda el arco iris en sus axilas. La llamaré eternidad aunque su nombre es la tierra. Canto la canción de sus ojos. Sólo en el espíritu el dios fecunda.

Cambiaré de rostro como las montañas.

8. Digo los meandros de los sueños sobre una tierra virgen. ¡Imágenes! ¡Imágenes!  
¡Oh imágenes lentas como miel de trasiego!

-113-

9. Digo el misterio: niño invisible que dispara su constelación con una cerbatana de sombra.

10. Digo que la palabra sin espíritu es como un sol de cal sobre el vientre de un muerto. Ouaya. Algunos amantes andaban preguntando, obedientes y respetuosos, acerca de lo que ocultaba el alba e inquirían luego cómo debía ejecutarse la Palabra de amor. Llegaron a mí con rostros semejantes, y hablé para que sus espíritus y sus corazones pudieran ir al encuentro de los actos y de la música, y para que sus pensamientos no llegaran a enfurecerse como abejas encerradas dentro de una calabaza. Ouaya. Con el tibio viento se dirigieron hacia las aguas lustrales del Umbroso Remanso y a poco pudimos ver entre los peñascos sus resplandecientes cuerpos, semejantes a dioses de semillas. Al regresar, cada uno tenía un rostro único, y andaban, silenciosos y mirando al cielo, hacia las moradas donde las vírgenes esperaban sin vergüenza, erguidas y oliendo a troncos, junto a los umbrales. Ouaya. Y hubo una noche de sangres exaltadas y de cantantes savias. Y volvióse a contar el alba, la aparición del sol, de la luna y de las estrellas. Y el relato de las generaciones comenzó de nuevo con el canto nocturno de los sembradores.
11. Digo que mi amor más profundo está concentrado en el futuro. Congrego caminos en mis grandes manos, cuando se esparce el alba, y no celebro consejo con los vasallos del pasado que dormitan delante de las negras estatuas. Mis ritos provienen del viento, de la lluvia y de las estrellas. Pero lo temporal -114- me modera y pone temblores en mi canto. En mi boca hay un beso que pesa como una barca dormida.
12. Digo que la Estrella de la Soledad ha de convertirse para vosotros en la Estrella de la Alianza. Solamente así no se reflejará en vuestros ojos la tristeza de los cielos, el éxodo de las alondras.
13. Digo que sólo se llena lo que se hunde.

\*

1. El nacimiento de las flores astrales es una herencia de los ojos que pasa de padres a hijos. ¡Duerme, viento, en mi cítara de tortuga: te levantarás convertido en ladrón de cantos!
2. Canto y espero.
3. Canto a Itzpapalotl. Esta noche, cuando regresaba solo de las colinas, mis ojos se han detenido en ella. Yo el despierto, el que había andado lejos de los caminos llevando a cuestras el pesado espejo de los recuerdos, he visto a la que es tranquila y siempre espera en su vigilancia, a la que tantas veces se me ha aparecido en los páramos. He visto a Itzpapalotl sentada sobre una redonda biznaga, cerca de los mezquites, y tras haber contemplado su ancha faz de ojos cerrados, murmuré a sus pies la canción de la mariposa de obsidiana. Y luego, en voz alta, para mí, canté a la diosa que tiene los muslos de agua pintados con -115- celeste liquen, mientras la luna brillaba en el cielo como una raja de jícama.
4. Del junco no imito su servidumbre al viento, sino su resistencia a dejarse arrancar de la tierra. Soy ejemplo de rama que se inclina para dar. No canto la tristeza que no es más que humo lanceado.
5. En lo alto se celebra, en lo profundo se canta.
6. Mi mano se movía sobre las cuerdas del instrumento como un cincel de espacio. Una mano lejana y extraña a mí, casi asustada y extranjera. Pensé que la música no surge del espíritu ni de la tierra, sino del más inexplicable misterio... He ahuyentado el miedo de mi mano ahuecada llenándola con una gran fruta amarilla. Y ahora el silencio pacifica la discordia de las sombras, un silencio que cae como las negras y brillantes trenzas de Nanotzin.

7. ¡Qué claridad en aludes de relámpagos cuando el espíritu desciende!  
Visión de los años. Profecías. Los árboles. Las palabras, como hondas pajarerías.  
Los brazos del solsticio convocan nuevas lluvias.
8. Como obra de alfarero nos quebramos cuando lo maravilloso golpea con sus juncos de vértigo.
9. Canto la llama de mil rostros y una sola boca, yo que, de adolescente,  
fui portador del fuego nuevo, en la noche del -116- pavor y de los ojos vueltos hacia el cerro  
donde la resurrección del tiempo debía alzarse de un pecho abierto... Yo me hallaba  
en un angosto sendero, desnudo e inmóvil, pero ya heredero en mi espera de la llama  
que se acercaba con su alegría, una entre las millares que brillaban y corrían por el valle...  
No vi el rostro de aquel a quien me correspondía relevar. Salté en la sombra,  
y mi brazo voló hacia la tea, y corrí con mi llama en alto y mi corazón enriquecido  
por el júbilo... Cierro los ojos y murmuro lentamente mi canto del fuego,  
porque la ceniza me ha enseñado sabiduría.
10. Me quedé dormido cantando mi canción del fuego en la oscuridad...  
Ouaya. Túnica de resplandor llevaba, aquella noche, mientras corría con la antorcha.  
Y una máscara ardiente me cubría el rostro. Recorrí mi distancia, entregué la llama  
y caí agotado sobre la hierba, que me recibió con su blandura y sombra... Ouaya.  
Allí soñé en tinieblas cruzadas por aves de llama renacida y ráfagas de florecientes gritos...  
El fuego canto, ala de mi futura ascensión.
11. El dios es la patria invisible que hace de nuestras vidas un continuo y vulnerable regreso.  
Pero Tonatiuh es morada y asombro de la sangre.
12. He visto la hora incierta en los rostros de los hombres y el sello de la soledad  
en los labios de las mujeres. Desde un recodo del camino he contemplado el nacimiento de mi Estrella.  
He andado entre el mudo, el ciego y el loco. He unido un objeto a una imagen del espíritu.  
He manado amor sobre una inmóvil -117- sombra fragante. Y el alba ha encontrado  
a mi alma vestida de corteza y rodeada de colmenas.
13. Me asemejo a todo el mundo. ¡Y nunca seré repetido!

\*

1. Creo.
2. Creo que sólo el corazón del espíritu realiza el alba, ¡oh Xelhua, mi discípulo más amado!
3. Creo en la noche, pero odio la sombra que no tiene piedad para los rostros  
y acaricia al murciélago de la muerte en la garganta de la primavera. Acércate, amigo.  
Contaremos los años desde el nacimiento de la hierba y por los nudos hechos en la cuerda  
de nuestro Pensamiento del Mediodía... Del garfio de la luna la sombra cuelga  
como una res cubierta de moscas de plata. Acércate, Xelhua. Cantaremos nuestra canción  
junto al terror de las biznagas...
4. Creo en la sabiduría que un viento de luminarias murmura dentro de mi corazón.
5. Creo en las metamorfosis de lo terrestre alrededor de mi más honda herida.  
No hay combates del fuego, sino de la luz. El brazo no es nunca heroico, Xelhua.  
Deja el escudo. Tapa tus oídos a la ira que vocea las indigentes idolatrías del tiempo.  
-118- Apártate de la ventana, para que el resplandor de las lejanas hogueras desaparezca de tu frente.



Háblame, Xelhua, de tu hora del sur llamada el sol de los venados. Y llora sobre tu espada.  
6. Creo en la hora que es partición de paz y de semillas, cuando el crepúsculo se encarna en la figura de una mujer hilando, las luciérnagas se encienden bajo las umbelas y tu sonrisa, Xelhua, nace a la ternura de la brisa. Escúchame. Tendré un destino de aguas y de ascensión.  
7. Creo a veces que la muerte es grande porque sólo existe para que el espíritu pueda enarbolar los estandartes del sueño y de la resurrección. Ouaya. Mi silencio me escucha, con el oído pegado a mi pecho. Mas ¿quién escuchará lo que oye sino yo mismo? ¡Oh! En alguna parte, muy cerca, sangra la eternidad, ¡vertical tumulto de árbol vivo que se eleva de las duras canteras primordiales! ¡Oh Roca, inmóvil centinela de lo absoluto, Idea-Astro y flor numérica cuyos pétalos se levantarán poco a poco en pirámide! Ouaya. ¡Ay! ¡El árbol ha cesado de moverse, Xelhua! El tiempo resuena en el pesado andar de los innumerables tamemes cargados con las piedras de la ascensión. Un viento cae. Un dios se levanta. En cada cima brilla una hoguera.  
8. Creo que el Conocimiento se forma golpeando el corazón de la roca negra que cayó de los hombros de días dolorosos. En ella están los sellos del principio y del fin.

-119-

9. Creo en ti, Xelhua, ¡oh guardador de la huella de donde brotará el Árbol!  
10. Creo en el advenimiento de las antorchas. Lenguaje de alegorías. La rana en el vientre del cacique, sonaja de abominación. Algo nace de la piedra de gracia horadada por la noche.  
11. Sólo en el amanecer hay que prepararse para el día que ha de ser vivido. No nos entreguemos a los simulacros cuya herencia será un costal de lágrimas y una red de agujeros y alaridos. Que no nos consuele el pensamiento de que siempre se salvan las últimas semillas. ¡Hay que cegar los hoyos sembrados!  
12. Creo en tu sabiduría del Sur, Xelhua. Sí, toda luna, todo año, todo día, todo viento camina y pasa; y también toda sangre llega al lugar de su quietud, como llega a su poder y a su trono. Así dice un libro de las destrucciones. Pero yo afirmo que más que llorar lo que las lunas sepultan hay que ser canto y corola de lo que eternamente pasa. No hay dioses aprisionados en las estrellas, sino espíritus vivientes en todo lo que pesa y tiene una faz... ¡Ríete, Xelhua, de la danza de los cojos de la duda! ¡Suelta tu blanco gavilán de la tierra contra los castradores de Tonatiuh! Ouaya. Ahora ve a buscarme la Flor de la Noche. Y luego volveremos a estas escrituras de la vida y a la plumaria de los sueños.  
13. Creo que sólo asciende lo que pesa.

-120-

## CANTO DE XELHUA

De fuego era mi boca  
y mis flautas de hielo.  
En mi terror vivía,  
sellado por mi fuerza.  
Mis sandalias hollaban diálogos de astro y brizna.  
Bajo sombras de halcones mi corazón dormía.

Un día vi tu rostro,  
donde la luz cantaba.  
Mis ojos se prendieron



en tu ademán de rama.  
Y supe que las piedras erguidas de los dioses  
eran sueño de muerte sobre siglos de tórtolas.

Mi odio se despeñaba

hacia tu voz de milpas.

La inocencia llevaba  
máscaras de rocío.

En la noche lidiaban los augures y el viento.

¡En mi honda ya pesaban el ósculo y la Estrella!

Recibí tu Palabra

con la luz de la aurora,  
me alejé de las lanzas,  
me arrodillé en mi sombra.

Acerqueme vestido de ternura y montaña,  
y entonces Tú acogiste mi soledad llagada.

-121-

Profeta de Tonatiuh,

anunciador de cumbres,  
por ti cantan los llanos  
y el agua se desnuda.

Das un cuerpo al espíritu y un anhelo a la forma.

Contesta a tu silencio el coro de las frondas.

Cuando tu nombre invoco,

todos mis pensamientos  
flotan como cayucos  
en tranquila corriente.

Y, cerrados los ojos, se levantan en mi alma  
luminosas verdades paridas junto al agua.

Hermano del misterio,

padre de la alegría,  
labios solares rozan  
el vuelo de tu fimbria.

Amando lo real, lo profundo coronas,  
mientras que lo invisible vibra en tu caracola.

Por tu esperanza subo,

por tu llanto desciendo.

En tu árbol infinito  
soy efímero muérdago.

Tiempo y eternidad son cabos de tu nudo,  
y cantando la tierra en visión la transmutas.

-122-

No seré de tu espíritu

la más alta bandada,

sino puro discípulo,  
semilla soterrada.  
Y cuando en tus retornos inmensamente duermas,  
humilde velaré tus encendidas huellas.

-123-

## CORO DE LOS DISCÍPULOS

Tonatiuh nos asigna sus doradas comarcas.  
Tonatiuh hincha para nuestras albas los senos de la noche.  
Tonatiuh proclama la ley del Quinto Reino.  
Tonatiuh es la paz de nuestros linajes.  
Tonatiuh es la canción del cuerpo.  
Tonatiuh nos sella la frente con polen.  
Tonatiuh nos guía en nombre del Fuego Nuevo.  
Tonatiuh dirige nuestra danza de cien colores en torno a una fuente eterna.  
Tonatiuh tañe los rayos de la Estrella.  
Tonatiuh es el puente entre el Ojo y el Espíritu.  
Tonatiuh es el Verbo de Oro.  
Tonatiuh es la sangre inviolada.  
Tonatiuh es la vida.

-[124]-

-125-

## La ascensión

-[126]-

-127-

Al quiebro del alba fue el augurio -del seno de la Mujer Blanca se alzó el ave de piedra negra  
y, rauda, voló hacia el cielo de las gaviotas...

Entonces, Quetzalcoatl dijo a su corazón:

-¡Oh rumor de mi huida, ráfaga del este que extiendes mi sombra al pie de la montaña!

Desnuda estaba mi alma a orillas del silencio,  
tendida sobre la hierba como una primavera cubierta de presentidos frutos,  
tendida en la noche sobre un petate de luciérnagas y un colibrí invisible posado en la boca.  
Mi alma sola, mi alma de fuego, soñaba nieve alta, gritaba savias, cantaba espigas contra Tezcatlipoca,  
mientras la noche del mar enroscábase a sus pies y empezaba el desove de millones de lunas...

El ave, a lo lejos, era como una lágrima de obsidiana en la mejilla de la aurora.

-128-

Quetzalcoatl tocó la tierra con la mano abierta, que se llevó lentamente a los labios, y cantó:

-¡Oh Estrella de la Mañana, punta de la lanza de mi soledad hincada en la tierra!

Alzándose está el humo y la niebla se tiende como mi nueva tristeza.

Mi último canto es para ti, ¡oh alma de mis llamas!, doncella de oro que caíste bajo el sordo redoble de los atabales de Tula.

En numerosos brazos de árbol te he llevado, viajera de mi dolor,

bajo el cielo de las águilas,  
por la casa de la lluvia,  
sobre la voz de la hierba,  
entre la paz de las barcas,  
y ahora soy de nuevo Nacxitl Topiltzin, despojado de dioses y desnudo de retornos.

Dormida y palpitante te subiré a las cumbres,

te dejaré para siempre, ligera de lontananzas y calzada de hielo,  
junto al ciego y gigantesco ojo de tezontle donde tus sueños y tus cabellos  
se despeñarán con la blancura talar de las nieves hasta el canto del pájaro,  
en el oscuro regazo de los bosques de abetos,

-129-

y con venados de miedo y caracolas azules llegarás al maíz y a la espera redonda de los vacíos cántaros.

Las manos de cuero de todas las auroras prenderán en tu frente la luz de mi Estrella,  
y cuando el sol toque tu cuerpo,  
un nupcial temblor de agua arrodillada trazará mi quincunce sobre la falda de culebras de la roja Coatlicue...

¡Profecía del viento en las piedras iluminadas! ¡Clamores de vírgenes entre gritos de aves y susurros de anchas hojas!

¡Oh abeja de fulgor, astro del espíritu caído en mi corazón! ¡El sol es como un niño parido sobre un escudo!

Sólo hasta sus rodillas sube el agua del río, vado de ancha dulzura entre orillas de juncos.

Ante él, los sauces sin temblor, el nopal de las águilas y la loma color de colmena.

Sol en su rostro de ojos cerrados y en su pecho una fresca mano de hierbas fragantes.

Huella blandos musgos húmedos, en la otra orilla, y lo detienen el brusco silencio de los pájaros y las inmóviles figuras de los ancianos de la guerra...

-¿A dónde vas, Quetzalcoatl,

con tu alma en brazos dormida,

tu cara de duro tronco

y tu barba de humo y brisa?

¿A dónde vas, Quetzalcoatl,

a dónde vas, ¡oh Topiltzin!,

-130-

lejos de pluma y canoa,

y de banderas y gritos?

-Por una luz de mazorcas

voy subiendo hacia las cimas.

Con mi carga luminosa

voy hacia los altos silos.

-No pasarás, Quetzalcoatl,

no pasarás, ¡oh Topiltzin!

Tu gente es una congoja  
rodeada de cuchillos.  
¡Cuántas rodela de sombra  
descienden de las colinas!  
¡Qué temblor de mariposas  
bajo pesados martillos!

-Tenéis una voz de hondones  
y yo escucho el puro silbo.

-Regresa ya, Quetzalcoatl,  
abre los ojos y síguenos,  
no dejes que la derrota  
lleve a cuestras sus caminos,  
ni que la sangre se ponga  
harapos de cobardía  
y, arrodillada en el polvo,  
llore como una mendiga.

-131-

-Zopilotes de la historia,  
abuelos de negro frío,  
no caeré en vuestros pozos  
de osamentas amarillas.

-¡Quetzalcoatl, Quetzalcoatl,  
la muerte avanza de prisa  
como un alud de coyotes  
que troncha las verdes milpas!  
Funda ya en tus territorios  
el reinado de un dios vivo,  
cobra ya sangre con hondas  
y da al sol nuevos latidos.

-No añadiré ni un sollozo  
a vuestra guerra florida.  
Quetzalcoatl está solo  
con el alma de Topiltzin.

-Vuelve para la victoria  
de todos y de ti mismo.  
Te llaman tus dulces montes,  
las hogueras y los ríos,  
atabales y canciones,  
madres de senos henchidos  
y unos futuros rumores  
de cereal esparcido.

-Ya he comenzado el retorno

-132-

a mis más altos orígenes:  
del fuego subiré al orto  
de mi estrella renacida,  
y en el umbral de las sombras  
seré el signo del espíritu.

-No pasarás, Quetzalcoatl,  
no pasarás, ¡oh Topiltzin!  
Con muros de tibias, soles,  
aves, serpientes y tigres,  
serás encerrado dios  
en los altares sombríos,  
y de tu figura de hombre  
que reluce como espiga  
quedará sólo el temblor  
de un enano de ceniza.

-El viento de mis visiones  
las laderas ilumina:  
ya soy de mi corazón  
la gigantesca sonrisa...

Erguido de rumor y transparente espuma,  
Quetzalcoatl asciende como un río invisible-  
raudo torso que gira en los brazos del aire,  
trémula claridad que se fugó del cauce  
que aprisionaba el vértigo de su sueño tendido:  
larga espalda de espejos bajo soles y cielos.

-133-

Detrás de su sonrisa Quetzalcoatl ya sube,  
atravesado de aves, coronado de lampos,  
con túnica de sol y pectoral de niebla;  
y arcos iris hollando con sandalias de arcilla,  
se demora a escuchar los lejanos flautines  
de las tibias lloviznas...

Hacia abajo se alargan hilos y trenzas de agua,  
se despeñan corolas y oscuras cornamentas,  
huyen bosques de abetos y gestos de basalto,  
bestias de ojos brillantes y pelambres hirsutas...  
¡En las cumbres redobla una marcha de aludes,  
la nieve epitalámica de un absoluto invierno!

Quetzalcoatl avanza, atlante de su mito,  
más ligero a medida que va ganando altura  
para su alma dormida, que ya sueña en voz alta,  
murmurando las sílabas de inminentes prodigios.  
Y él, absorto, se inclina como un gran viento azul  
con un ave mojada...

-¡Oh los recuerdos  
talan mi añosa soledad  
con sus hachas de musgo!  
¡Nidos de eternidad!

Me bordan todo el cuerpo  
las agujas del frío,  
-134-  
pero en mis ojos guardo  
las cunas del estío.

Materna vigilancia  
en casa de glaciár,  
y en capullo de hielo,  
crisálide solar.

Cuando duela en mis senos  
la leche cenital,  
se abrirán a mis pies  
ojos de manantial.

¡Oh anémona del cielo,  
Estrella del amor,  
negación de tiniebla  
en rocas de dolor!

Ajeno a su sonrisa que vuela hacia las cumbres,  
Topiltzin se detiene, como si bruscamente  
su cuerpo se sintiera huérfano de distancia  
y su espíritu hollara milagro y meteoro...  
Y en una luz de ciervos y espadas de blancura  
dulcemente preludian los músicos del sol.

¡Oh, no escucha! Ni el salto en el oído atónito  
ni el puro borbotón que sube las canciones  
del sueño de la tierra al temblor de los labios.  
Los sonos ya no acuden -¡pastores de la música!-

-135-  
a tenderse en la choza de su hondo corazón  
abierto a las estrellas.

Belleza de la fuerza convertida en espíritu,  
¡oh sensibles peñascos del asombro del ser-  
duros hombros de fuente que sostienen la música  
del múltiple esplendor de las transmutaciones,  
oh agua que pasa y pesa en fuga de existencia  
cruzada por los puentes a donde todo acude!  
¡Vientos de luz sangrante y de constelación,

portentos de rumor en las altas nostalgias:  
pájaros que dibujan su grito en el espacio!  
¡Oh mujer de semilla con rebozo de lluvia,  
tierra que ya sonrías al estío que avanza  
con sus cetros de abejas!

-El ocaso en mis flancos  
afila sus cuchillos...

Cantan las aguas altas.

La llanura, dormida,  
tiene lleno el regazo  
de garzas mortecinas.  
Quetzalcoatl ya baja  
de la nieve al gemido.

-Isla en el cielo, nace  
la boca de Topiltzin...

-[136]-

-137-

## El árbol de piedra

-[138]-

-139-

-Viejo soy y lleno de zozobra, Nanotzin. En el espejo me he mirado. Aquí, en el lugar que llaman Junto al Árbol, me he mirado a través de mis lágrimas...

Abandoné mi ciudad, quemé todas mis casas, enterré oro, arrojé al río piedras preciosas, escondí en lugares secretos obras de belleza, como un arco iris volaron hacia las costas del mar mis prodigiosas aves, y comencé mi camino en cerrazón de alma, como ciego tameme de mí mismo, abrumado por el peso de la última luna de mi tristeza.

Me he mirado en el espejo, Nanotzin, y he visto mi barba como una gran araña gris: viejo soy, un harapo de congoja. Cada piedra del camino ha sido un azar para mis vacilantes piernas y mi cuerpo se ha engurruñado de miedo. Ante la aurora me he sentido como un simio cano sostenido por muletas de viento; y llegamos aquí, donde el espejo y mi rostro se habían citado, aquí, no un lugar de descanso sino de piedras amontonadas, donde por primera vez me he asomado

-140- a mi vejez, Nanotzin, frente al árbol... Y yo, Quetzalcoatl, desde ahora comedor de ceniza y sonaja de sollozos, frente al árbol vivo de brisa y sonoro de aves, he visto mi rostro...

Sí, he visto el espanto y la senectud en mi rostro, Nanotzin. Y he gemido. He visto la devastación de mi cabeza en la piedra bruñida. Y he gritado. Los pájaros callaron en el árbol, asustados por mi voz. Ninguno huyó: callaron nada más. Pero no había silencio. Y yo lloraba.

Se oía, lejos, el graznido de un cuervo: un ronco y continuo voznar... Y a poco tomé de nuevo el espejo para mirar mi boca. Sólo la boca, Nanotzin, porque los ojos no hubiera podido...

Solamente la boca, digo, mientras el cuervo seguía graznando y el sol se alzaba sobre la cumbre de la loma... Y la vi, abierta diríase por dos garfios invisibles, lastimosa, como para que le acercaran el trapo del vómito: un negro agujero hecho en un costal de huesos y silencio, mi boca antaño fuente de la palabra, mi boca que volvió a gritar cuando los pájaros, todos a la vez, reanudaron su gorjeo en el árbol...

Y caí sobre las piedras,

herido por la pajarera algarabía...

De bruces quedé allí, sobre las piedras, callado ya, tapándome con las manos los oídos, en vano, porque seguía oyendo sus trinos, y deseando morir allí mismo, sobre las piedras...

Pero no había aún ninguna raíz en mí para la más profunda noche.

-141-

Mi corazón no accedía, Nanotzin, y morir es entrar después de haber asentido en el umbral. Y estaba allí, Nanotzin, temblando, recién nacido a mi vejez, acezante, yo, Quetzalcoatl, uno y tres al mismo tiempo: árbol, dolor y piedra, tendido cara al cielo y ya ladeada la cabeza, contemplando en mi alma lo que mis ojos verían en seguida y hacia donde lanzaría lo que mi mano aferraba: el gran árbol rojo.

Volaron mirada y piedra,

el arrobo y la ira, Nanotzin, alcanzando al unísono el árbol luminoso: la piedra hundida en el centro del tronco y la mirada ascendiendo por el espeso ramaje hasta la cima, de donde bruscamente los pájaros surgieron como una erupción multicolor.

Y ante el árbol de luz sigo. Ha callado el cuervo y tiembla el cielo. ¡Ay tronco de la remembranza y ramas de la vida la luz viene de abajo, luz de la tierra hecha savia que asciende hasta el diálogo de las hojas! ¡Oh rumorosa luz interior del tronco de corteza y cicatriz...!, con la piedra, ¿la ves, Nanotzin?... con la redonda piedra negra: ojo brutal y tranquilo sin ser y sin tiempo, la fija y dura conciencia inmutablemente abierta entre el pánico de la mudanza y la eternidad de los retornos.

Y he aquí, Nanotzin, que yo, hombre acabado, Quetzalcoatl en el lugar llamado Junto al Árbol, aún espero, farfullando palabras -142- indigentes, yo que era la palabra que daba testimonio como el ave solitaria confirma en el mar la tierra, la palabra que convertía en puro lo oculto y hacía habitable el espíritu.

Sí, aún espero aquí con otra piedra en la mano, frente al árbol de luz que me requiere, yo, hombre acostado en su fin y, por la espera, erguido y desnudo en el comienzo de una nueva duración, sólo con la piedra, la semilla y el recuerdo...

Con la piedra

que lanzo ahora cerrando los ojos y vuela dentro de mi alma a través de una claridad de relámpago detenido hacia el árbol enraizado en el sueño y choca como un sollozo contra el tronco.

Suéltame las manos, Nanotzin, no preguntes ahora. Espera... La luz herida duele, adentro... Me duele la luz. ¡Oh, escucha! ¿No oyes? Ya canta el manadero de imágenes... No temas; no caeré, criatura... Un viento de oro mece las ramas y me acaricia el rostro, el tronco oscila al ritmo de mi cuerpo... No caeré aún... Nanotzin, el árbol de belleza es también árbol de dolor, en el que no anida ninguna ave de tiniebla...

Ahora una rama cimera se extiende como un brazo, y diríase que termina en una mano engarfiada en torno a un fruto que brilla como un pequeño sol de piedra. Mira, la rama se levanta como mi brazo y me lanza el fruto-sol contra la frente, y -143- yo a mi vez lanzo una piedra, y otra, y otra... Me tambaleo, Nanotzin, pero no me caeré mientras en el montón queden piedras, que vuelan como pájaros y se hunden como armas...

Ya no duele la luz, y cada piedra que se hinca en el árbol resuena en mi espíritu con un sonido diferente, ecos de otros ecos que son imágenes, bandadas de recuerdos que se posan en la colina de mi corazón: mi vida, Nanotzin, mi pasado, mi escudo de sol y el espejo humeante del tentador; mis horas, mis días y mis años, el rostro del fuego y el del agua lustral, el nacimiento de la Estrella en mi boca profética... Y evoco hombres que bajaban de las nieves y olían a madera, y otros que subían de los litorales con panes de sal envueltos en anchas hojas; y todos se tendían sobre las altas hierbas a esperar el rumor de mis pasos,



el milagro de mi presencia y la quietud de mi sombra... Y mujeres hubo, Nanotzin,  
antes y después de ti; pero con ninguna de ellas compartí yacija ni di las siete vueltas nupciales  
en torno a una hoguera... Sólo tú... Con voz de río llegué hasta tu cuerpo de canoa nueva,  
tu cabellera de sauce y tu sonrisa de hoja lloviznada...

Y ahora todo es ido, ¡oh alma asediada de hielos! Todo se fue... ¿Qué queda, corazón,  
sino volver sobre las propias huellas, entre imagen y bandada, eco y colina, racimo y aguijón?  
¿Para qué las preguntas cuando toda respuesta señala hacia la comarca del girasol negro  
y de las sombras embijadas  
y ha zumbado la última piedra?

-144-

Quieto ha quedado el árbol, Nanotzin, y quieto estoy yo. ¡Tengo frío! Viejo soy  
y lleno de palabras acurrucadas. El viento se ha dejado caer sobre el árbol y duerme entre ramas de piedra.  
¿Cómo pesa el viento dormido! ¿Cómo pesa el silencio del mundo en los brazos de mi alma!  
Mis rodillas se doblan, el árbol oscila de un lado a otro, dulcemente, acunando al viento,  
como yo acuno mi silencio... Yo, Quetzalcoatl en cuclillas sobre el polvo, llorando muertas estrellas,  
la cabeza entre las rodillas, mientras el árbol empieza a desmoronarse piedra tras piedra,  
estrecho con fuerza mi silencio, niño de roca en mis brazos de musgo, hijo de mi noche  
que cae sobre la tierra, y oigo el hondo golpe, Nanotzin, el eco remoto que torna  
de mi bosque profundo, el sollozo de los cielos en el cuervo que vozna, y vozna, y vozna...

-No.

-145-

## El éxodo

-[146]-

-147-

Y empezaron las lunas

de la caña quebrada y los nómadas humos...

-[148]-

-149-

## La fogata y la estrella

-[150]-

-151-

Dejando atrás el rostro teñido de la guerra,

buscaron la piedad en brazos de las sendas.

Sombra de zopilote sobre niños dormidos

fue la espalda del éxodo.

Huéspedes taciturnos de combatidos aires,

sin limosna de cielo ni ayuda de horizonte,

ahogaban sus rumores en el cubil del llanto

y en hoyos de sollozos.

Ley de noches aciagas y de esparcidas ascuas:

la muerte entre nopales y el parto entre magueyes.

Junto a secas cisternas sus ojos descifraban

estelares espermas...

Ovillados de miedo y blancos de rocío,  
dormían esperanza a dolor abrazada,  
y entraban en sus sueños unas bruscas auroras  
de banderas hambrientas.

-152-

Resignados a lluvias y a bulto de nostalgia,  
accediendo a distancias y a hirientes intemperies,  
marchaban semejantes a un azaroso viento  
de harapos de crepúsculo.

Raudas melancolías de pájaros azules  
acechaban las tuzas de enterrados recuerdos,  
y las nieblas de angustia sonaban caracolas  
de retumbos solares.

Eran ojo y trofeo las más sangrantes llagas.

Tocadas por la Estrella, cantaban cicatrices.  
Ser vencido era grande: duración de semilla,  
nuevo escudo y ofrenda.

Marchaban en la pura tensión de lo lejano.

Sabían, en su espíritu, que no hay paz sin raíces,  
y oscuros en su fuerza y libertad vivían  
solamente de imágenes.

Y tras ellos andaban, ¡oh fauna de sigilo!,

sus nahuales...

Y oíanse, como ratas corriendo  
sobre espesa hojarasca, los rumores antiguos-  
la boca de las crónicas...

*(Los Murmullos:*

... y aconteció que la tierra mostró su grandioso cuerpo: un -153- monstruo que,  
completamente tachonado de ojos y agujeros, iba y venía por los katunes de las aguas,  
hasta que fue hendida por los grandes poderes silenciosos de los cielos... Y sus cabellos  
se trocaron en hierbas, árboles y flores, su piel convirtióse en vastas praderas fragantes  
y sus ojos en cuevas, pozos y fuentes... Y ahora es la sombría diosa que a veces,  
desde las cerradas tinieblas, pide palpitantes corazones de hombres...

... nada existía: sólo reinaban la inmovilidad, el silencio. sin labios, la noche interminable...

No existía un solo hombre, un solo animal, ave, pez, coyote, madera, piedra, astro, flor, humo, semilla...  
Sólo existía el cielo, sólo respiraba el firmamento; nada había sido juntado, todo era invisible,  
todo estaba inmóvil en lo alto...

... pero había símbolos envueltos en largas plumas verdes, nombres pintados  
que significaban Serpientes Emplumadas... Y así es el cielo, así son también los espíritus  
que moran en el cielo; tales son, cuéntase, los nombres de los dioses omnipotentes.

Y entonces en la cerrazón del mundo fue sembrada la palabra...

... en piedras y en maderos quedaste pintado allá en Tula, donde nosotros hemos ido a clamar...)

Iban

de las cuevas sombrías a las barcas doradas,  
de la solar mazorca a las flores salinas,

-154-

del andrajo cantante al callado desnudo  
y del hombre al hermano.

¡Oh secretos asaltos de la vida a la muerte:

lentitud de filón y de alto ventisquero,  
profundas cetrerías y errantes ciudadelas  
de transparente patria!

Huérfanos de ventana, hijos de la ceniza,  
con sus manos buscaban la holgada vestidura  
donde la paz bordaba torres de cereales  
y venados de nieve.

Atrás, atrás, dejaban ceños de cordillera,  
los rayos que dormían a los pies de las águilas,  
la boca de alarido que violaba en la virgen  
resplandor de panales.

Descendían de inviernos de acurrucados hielos  
llevando en brazos aves de colores volcánicos-  
¡oh linfa de los cielos, derramada dulzura  
de los sueños mas altos!

Cambiaban las estrellas en los países llanos  
donde dormían ríos y túnicas agrarias.  
Paz bajo las sandalias. Troncos de sombra nueva  
en torno a los vivaques.

-155-

Salvado de la historia como brotan los árboles,  
su tiempo maduraba cual fruto de Tonatiuh.  
Su soledad alzabase como una clara choza  
en la mano del día.

Quetzalcoatl, más alto entre las humaredas,  
escuchaba el rumor de sus postrimerías.

Xelhua era acción y senda...

*(Los Murmullos:*

... y entonces, repito, vino la Palabra... Los Espíritus del Cielo, los tres gigantes,  
los maestros del Relámpago, se reunieron para fundar el alba, el nacimiento de la vida...  
¡Tierra!, dijeron, y ésta fue: salieron del agua las cordilleras, los grandes montes, las maternas montañas...  
... y fue en el terrible sol en que la pareja se refugió en el interior de un corpulento tronco,

y, una vez tapados los agujeros, la voz del dios llegó de más allá de las quietas aguas:  
«Sólo comerás una mazorca de maíz, y una también tu mujer...». Y cerca de ellos se desplomó el cielo...  
... y caminaban, casi ausentes de sí mismos, por el cuarto sendero de las estrellas augurales...  
Y envuelta en cobija de tinieblas dormía la tierra: no había sol, no había noche, no había luna...  
Y se despertaron al sentir en sus flancos los fríos caracoles estelares, y al mismo tiempo despertó la tierra y peinó los cabellos de sus aguas, y los infinitos escalones -156- de su tiempo se derrumbaron en su amanecer y para ellos se enrojeció el primer árbol...

... las montañas se abren: yo lloro; donde se alzan arenas corrosivas, yo estoy desolado... )

En su anhelo instauraban, en su amor conocían.

En árida angostura o en país de anchas hojas,  
sentían su pasado como una muerta nube  
en los hombros del viento.

Como el pájaro ciego entre el astro y la tierra

agota con el trino el arco de su vuelo,  
así el dolor del éxodo alargaba su cifra  
de dulcísima flecha.

Presentíanse ya sílabas de cenote.

La distancia era umbral. Los ancianos sabían-  
cuando el destino cede, el ojo se habitúa  
y el corazón asiente.

Con inmóviles manos vertía el horizonte

sus medidas de gracia. ¡Primer sol en la Piedra  
que horadaron las lágrimas! ¡Con el trueno rodaba  
un clamor de progenies!

Bajaban de los astros los nuevos vientos cósmicos

para anudar dos torsos en el tiempo profundo.

-157-

Con el fundador beso, en los labios nacía  
la aurora de los nombres...

*(Los Murmullos:*

... y cuando, tras agonía y sudor, la gran Roca fue por fin hendida,  
su indomable espíritu murmuró: Yaxionlcalpa... Y su palabra de misterio  
era como rumor de mar y de hojas rodando entre los temblorosos senos del alba...  
... Otah-ho flota inmensamente en el cielo..., Heronix es el nombre del espíritu que va delante,  
y Opilla se llama el gigante que salió por la grieta roja de la Roca junto con su cielo y sus aves de luz...  
... callad, yo soy la voz más bella y la que cuenta la historia más hermosa...  
Callad, gigantes, piedras, hormigas, estrellas, soles y lunas, porque hablo de Ixquic,  
la doncella del sur y del árbol de misterio que la llamaba desde dentro de sí misma cuando,  
por la noche, el aroma de las flores subía con la lenta niebla y la luz de las estrellas descendía...  
Y también la llamaba al alba, cuando ella se bañaba en el lugar de las canoas de su padre el jefe de hombres...  
Sí, hablo de Ixquic para poder acostarme y dormir en los oídos de los que sonríen en silencio  
y me conocen y reciben como la única que cuenta siempre lo mismo de manera diferente,  
no como vosotras, ¡oh voces de todas partes y de ningún lugar!, vosotras, siempre con vuestros espíritus

y pahuas de cuatro colores y batallas feroces y calendarios -158- de generaciones  
y calaveras que ruedan como calabazas de piedra de los ensangrentados altares...  
Hablo de Ixquic, la doncella germinal, y he aquí que en mi voz ella se levanta del agua,  
como aquella mañana en que finalmente oyó la llamada... Porque yo soy su conjuro  
y soy ella misma para siempre; soy el agua que se quedaba dormida sobre su vientre auroral,  
soy el collar de peces que rodeaba su cuello y soy también la transparente túnica que cayó  
sobre su cuerpo como un gran beso tibio cuando salió del río y, descalza, echó a andar por la fría hierba...  
... atravesado por una enorme espina, el negro dios del viento llegó a la casa del sol  
para llevarse a la tierra al músico que le respondiese...  
... Ixquic, Ixquic, Ixquic huella la hierba, corre hacia las ramas, los brazos,  
la cabeza de follaje, el brillante torso de carne forestal, y con los ojos cerrados, jadeando,  
se detiene a poco dentro de la trémula sombra de él, que se inclina y sacude su verde testa  
para que vuelen todos sus pájaros... «¡Ven!», dice la doncella tendiéndose sobre la tierra,  
donde espera la pacificación del caos que brilla en su sonrisa... «Ixquic, ¿quién eres?».  
Los pájaros siembran de trinos su esparcida cabellera. «¡Ven! Desata el nudo de greda  
y de musgo de mi cuerpo. Soy la llama que quiere ser llovida... ¡Ven! Sé huésped de peso  
y de rumor en mis venas... ¡Oh, ven! Amarra a tu tronco la balanceante canoa de mis caderas...  
La primavera eligió mis dos pechos y el estío morará en mi vientre... ¡Ven! Hueles a posteridad,  
-159- a sol y a lluvia. Tu temblor ya me abraza como se cierra un asedio... Ven, cae, ven,  
estoy abierta... Se Ixquic, Ixquic, Ix...».

... la música se despeña, el canto desciende al mundo con el viento sangrante...

... en piedras y en maderos quedaste pintado...)

Sordo al clamor del mar, ya ciego de su fuego,  
Quetzalcoatl volvió el rostro hacia la tierra-  
con el viento colgado de su cuello,  
la tarde se extendía sobre azules montañas,  
y, como hondo redoble de un gran tambor de lodo,  
sonaba en la distancia el llanto de Nanotzin...

De hinojos en la arena, Quetzalcoatl ardía  
en las primeras llamas de su último poniente,  
tan presa de la brisa que en martirio lo alzaba  
como caído en luz que en raíces se hundía.  
De las cumbres del cielo, en fulgurante círculo,  
bajaban las gaviotas.

El mar era un unánime coro de olas y espumas:  
oscilando, cantaba el asombro del cielo  
que lentamente echaba sobre sus blancos hombros  
el sudario de hormigas sangrientas del crepúsculo.  
Como árbol incendiado, Quetzalcoatl vagaba  
por las sombrías dunas de su agónica noche.

-160-

Coronada la frente de gaviotas y estrellas  
y hollando ya su propia ceniza aborrecida,  
quedamente mecía en su corazón de ascua

recuerdos de altas nieves y alondras de su infancia,  
y ofrecía, en volandas, el nido de su cuerpo  
al pájaro del viento.

Natal y abiertamente lo recibía el cielo...

Hálito de Tonatiuh, batiendo alas de hoguera,  
ingrónimo escalaba el anhelo de su órbita:  
subía hacia la flor que negaba a la muerte  
en las vastas laderas de los montes de sombra.  
La verdad de la tierra se asía a sus cabellos.

Levantando su testa de rojo torbellino

dejaba que los astros prendiesen en su frente  
las rodantes marañas de sus mitologías,  
mientras a sus oídos llegaban los chillidos,  
cada vez más lejanos, de la última bandada  
que al tiempo regresaba...

¡En destrucción gozosa su eternidad ardía,  
vertiginosa espiga curvada de retornos!  
¡Oh libertad hilada, oh roja lanzadera  
en el telar inmóvil de las metamorfosis!  
Las canciones del mundo se juntaban en lágrimas  
que a sus pies relucían como chortal dormido.

¡Ya sólo su nostalgia no accedía al espacio!

-161-

De orígenes a sueño, ¡conflagración de imagen  
y sangre que caía en álabe infinito!  
Amante de centella y turbión de sus ecos,  
el viento se abrazaba a formas que fingían  
bodas de árbol y aurora.

Su vuelo era talud de apagada caída,

flotaba en el silencio de la nada sin rostro...  
¡Oh isla de su frío, corazón que cerrábase  
en la pura dureza de su perfecto símbolo  
de llegada y adiós donde, en luz renacida,  
cesaba la discordia entre el alma y la tierra!

En sí mismo internado y a la vez esparcido,  
era del doble Reino agujón destellante,  
¡oh saeta nupcial de temblor infinito,  
Estrella que los hijos de la luz y la sombra  
en su pecho hundirían para que el mundo abriese  
origen, boca, fuente...!

-[162]-  
-163-

△▽

## Notas

-[164]-  
-165-

La figura de Quetzalcoatl, el gran rey y sacerdote tolteca, indudablemente histórica, se entrelaza y funde míticamente con el Quetzalcoatl primordial, dios de la vida cuya imagen era la serpiente emplumada, cifra de una constelación religiosa y cultural que se expandió por toda Mesoamérica durante muchos siglos. Creo que ha de resultar útil, tanto para una mayor comprensión del personaje como de mi interpretación en el poema, la transcripción de algunos fragmentos capitales del relato sobre Quetzalcoatl, procedentes de códices prehispánicos. La versión es de Ángel María Garibay K., a cuya sabiduría y amor tanto debe el mundo náhuatl. Cito:

«Ya va en seguida Mixcoatl a conquistar a Huiznahuac y en su camino encontró a una mujer de nombre Chimalman. Al momento pone en tierra su escudo y apresta sus flechas y su lanzadardos. Ella se yergue ante él enteramente desnuda: sin faldellín, sin camisa. No bien la miró Mixcoatl, se puso a lanzarle dardos. El primer dardo que le asesta, sólo por sobre ella pasa: ella no hace más que encogerse, inclinando la cabeza. El segundo que le asesta, fue a dar al costado de ella y allí quedó doblado. El tercer dardo que le asesta ella lo toma con la mano. El cuarto dardo que le asesta pasa saltando y va a caer entre los agaves. Cuatro dardos lanzó Mixcoatl y se -166- alejó en su camino. También la mujer huye y a un lugar va a esconderse que se llama las Cuevas Rojas.

»Regresa otra vez Mixcoatl, se aderezó y vino a lanzar dardos. Vino de nuevo a buscarla, y la busca y no la ve. Entonces comienza a maltratar a las mujeres de Huiznahuac. Ellas entonces dijeron: "Vayamos en busca de aquella a quien él ha venido a aprehender". Fueron y cuando la hallaron, le dijeron: "Te anda buscando Mixcoatl, por tu causa a tus hermanas maltrata". Y la toman y la obligan y viene a Huiznahuac. Y otra vez la ve Mixcoatl y otra vez se enfrenta a ella. Ella es, es la misma, ahí está en pie, desnuda, pero ahora tiene el cuerpo pintado de rojo y amarillo; allí se yergue delante. Otra vez él pone el escudo en tierra, apresta sus dardos y de nuevo lanza sus tiros contra ella. Una flecha

pasa arriba, otra se clava en su costado, otra su mano la coge y otra salta a caer en medio de los agaves. Hecho esto, ya vencida, yace al fin con ella. De lo cual queda encinta. Cuando iba a nacer el niño por cuatro días se revolvió en el seno de su madre, con fuerza impetuosa y, al fin, vino a nacer. Y al nacer él, la madre murió. Éste es el mismo que se llama Ce Acatl (Uno Caña)...

»Luego ya va Quetzalcoatl (Uno Caña) a la mansión de los muertos. Así que hubo llegado a donde están el Rey y la Reina de los Muertos, al momento les dice: "La razón de haber yo venido es para tomar huesos preciosos que tú tienes en reserva". Responde el Rey de los Muertos: "¿Qué vas a hacer con ellos, oh, Quetzalcoatl?". Y éste a su vez replica: "Los dioses están tristes, pues se dicen: ¿Quién ha de poblar la tierra?". El Rey de los Muertos dice: "Bien está, es necesario que ahora tañas mi caracol y des cuatro vueltas en torno a mi disco de piedra preciosa verde". Pero el caracol no tenía agujero de donde pudiera asirse. Llama Quetzalcoatl a los gusanos y vienen y lo perforan: entran en el caracol la abeja nocturna y el abejón y se ponen a tañerlo. Entonces pudo oírlo el Rey de los Muertos. Habla entonces el Rey de los Muertos y dice: "Bien está, toma los huesos". Pero en seguida dice a sus servidores: "¡Oh, id y anunciad a los moradores -167- del reino de la muerte que ha venido éste a tomar los huesos!". A lo cual Quetzalcoatl dice: "Ten por seguro que tengo que llevármelos en todo caso". Y a su acompañante le dice: "Anda y diles que los tengo que tomar". Y va al momento y grita pregonando: "Me los tengo que tomar". Entonces llega y toma los huesos preciosos: parte toma de varón, parte toma de mujer y de ellos se llena el fardo. Los tomó, hizo un fardo y comenzó a llevarlo a cuestras...

»Una vez más dijo el Rey de los Muertos a sus servidores: "¡Oh dioses, verdad es! ¡Quetzalcoatl se lleva los huesos preciosos! ¡Oh dioses, aprestaos a poner ante él un foso!". Al momento lo dispusieron, y Quetzalcoatl cayó en el foso, cayó tropezando al pasar, las Codornices le asustaron con su repentino vuelo, quedó como muerto caído, y rodaron por el suelo los huesos preciosos, caídos quedaron allí largo a largo. Las Codornices entonces comenzaron a morderlos, los roen, los aferran con sus dientes. Pero recobró el sentido Quetzalcoatl y se puso a llorar y decía a su acompañante: "¡Oh, amigo mío! ¿Cómo será esto?". El otro le respondió: "¡Cómo ha de ser! Pues se arruinó el asunto, sea lo que haya de ser". Entonces Quetzalcoatl se puso a juntar los huesos, los recogió parte por parte, hizo con ellos un fardo y los llevó a Tamoanchan.



»Cuando llegó a Tamoanchan luego entre piedras moliolos la que se llama Quilaztli Cihuacoatl (Mujer Serpiente), después los lavó en un precioso lebrillo y sobre ellos Quetzalcoatl sangró su miembro viril. Todos los dioses en seguida vinieron a sangrarse también: el Ribereño, el Agitador de la Azada, el Portabandera, el Allanador de la Tierra, el que Baja de Cabeza, y en el último lugar, que es el sexto, el mismo Quetzalcoatl. Por esta razón fue dicho: "¡De los dioses los hombres nacieron!". Como que por nosotros los dioses derramaron su sangre.

»Una vez más los dioses dicen: "¡Oh dioses! ¿Qué comerán los hombres?". Y ya por todas partes van en busca del maíz. Fue entonces cuando la Hormiga fue a tomar maíz desgranado en el Monte de Nuestro Sustento, y al encontrar a la Hormiga, Quetzalcoatl le dijo: "¿En -168- dónde fuiste a tomarlo? Dime". Pero ella no quiso decirle dónde. Por mucho que él rogaba, no quería. Hasta que al fin, por tantos ruegos movida, le fue a mostrar por dónde. Oída la razón, Quetzalcoatl se mudó en hormiga negra, y ya va a traer el maíz, entra en unión de la otra Hormiga negra y prenden ambos a la Hormiga roja, que lleva a Quetzalcoatl hasta el lindero para disponer del grano. Luego que ha encontrado el grano, Quetzalcoatl lo lleva a Tamoanchan, luego los dioses lo comen y se pone esta palabra en nuestros labios: "¡Con él nos hicimos fuertes!"...

»Quetzalcoatl reinaba en Tula... Todo era abundancia y dicha, no se vendían por precio los víveres, todo cuanto es nuestro sustento. Es fama que eran tan grandes y gruesas las calabazas y tenían tan ancho su contorno que apenas podían ceñirlo los brazos de un hombre abiertos... También se producía el algodón de mil colores teñido: rojo, amarillo, rosado, morado, verde, verdeazulado, azul marino, verde claro, amarillo rojizo, moreno y matizado de diferentes colores y de color de león. Todos estos colores los tenía por su naturaleza, así nacían de la tierra, nadie tenía que pintarlos. También se criaban allí aves de rico plumaje: color de turquesa, de verde reluciente, de amarillo, de pecho color de llama... Todos los moradores de Tula eran ricos y felices, nunca sentían pobreza o pena, nada en sus casas faltaba, nunca había hambre entre ellos, y las mazorcas mal dadas sólo servían para calentar el baño.

»Pero fueron negligentes Quetzalcoatl y sus vasallos. Y fue entonces cuando vinieron tres magos con sus prestigios... Un día vino a él el mago Tezcatlipoca y envuelto en telas traía un espejo de doble faz... Llegó el mago a su presencia y después de saludarlo diciendo: "Señor, rey y sacerdote, vengo a mostrarte a Quetzalcoatl Uno Caña: tu cuerpo, tu

propia carne", respondió el rey: "¿De dónde vienes? Cansado estás y rendido. ¿Cuál es mi imagen? Muéstrala, déjame que yo la vea". Dijo el mago: "Vengo de la montaña de los extranjeros, soy yo tu siervo y esclavo. Ésta que ves es tu imagen... Mira bien tu imagen: cual ella del espejo sale, así has de salir tú en tu -169- propia figura corporal". Vio Quetzalcoatl el conejo que en el espejo estaba y lleno de ira arrojó de sí el espejo. Dio gritos lleno de enojo: "¿Es posible que me vean, que me miren mis vasallos, que me vean sin alterarse, sin que se alejen de mí? Feo es mi cuerpo: ya estoy viejo, ya tengo de arrugas surcado el rostro, todo el cuerpo acancerado y mi figura espantosa. Aquí me quedaré oculto para siempre, no volveré a salir, para que no me vean mis vasallos. Aquí viviré para siempre".

»Una vez más llegan los magos. Llegan al palacio real, piden ser introducidos. Y por una y por dos veces, hasta por tres son rechazados. Al fin los pajes indagan de qué región vienen. Responden que del Monte de los Sacerdotes y del Monte de los Artífices. Cuando Quetzalcoatl lo sabe, deja que lleguen a él. Entraron, le saludaron, le ofrecieron la comida que llevaban preparada. Cuando el rey hubo comido, le rogaban que bebiera. No quería beber el rey. "Estoy enfermo -les decía-. Esa bebida que traéis me hará acaso perder el juicio, me hará acaso morir". Ellos insistían en que al menos con el dedo la probara. Probó Quetzalcoatl con el dedo y quedó incitado a beber. Bebió él y mandó a sus guardias que también con él bebieran. Cuatro veces le dio el mago y le rogaba la quinta. Se le sirvió la quinta en honor de su grandeza, y cuando la hubo gustado, bebió en mayor cantidad. Entonces se desvanece y se pone como muerto; se ensimisma y siente en su alma los más sabrosos deleites. Lleno de gozo bebía y quería que todos bebieran. Así que todos están ebrios, le dijeron: "Quetzalcoatl, canta. Oigamos cuál es tu canto: alza el canto, Quetzalcoatl". Quetzalcoatl entonces canta: "Mis casas de ricas plumas, mis casas de caracoles, dicen que yo he de dejar". Lleno entonces de alegría, manda traer a la reina, a la Estera Preciosa: "Id y traed con vosotros a la reina Quetzalpetalt, la que es deleite en mi vida, para que juntos bebamos, bebamos hasta embriagarnos". Fueron entonces los pajes hasta el palacio de Tlamachhuayan y de allí a la reina trajeron. "Señora reina, hija mía, nos manda el rey Quetzalcoatl que te llevemos a él, quiere que con él te goces". Y ella les responde: "Iré". -170- Cuando Quetzalpetalt llega, va a sentarse junto al rey y le dieron de beber cuatro veces, y la quinta en honor de su grandeza. Y cuando estuvo embriagada, comenzaron a cantar los magos y se levantó titubeante el mismo rey Quetzalcoatl y le dijo a la princesa en medio de cantos: "Esposa, gocemos bebiendo de este licor". Como estaban embriagados, nada

hablaban ya en razón. Ya no hizo el rey penitencia, ya no fue al baño ritual, tampoco fue a orar al templo. Al fin el sueño les rinde. Y al despertar otro día, los dos se pusieron tristes, se les oprimió el corazón. Dijo entonces Quetzalcoatl: "Me he embriagado; he delinquido; nada podrá quitar la mancha que he echado en mí..."

»Y así Huémac Quetzalcoatl estaba lleno de zozobra y se sentía apesadumbrado, y luego pensó en irse, en dejar la ciudad abandonada, su ciudad de Tula. Y así se dispuso a hacerlo. Dicen que entonces quemó todos sus casas de oro y plata y conchas rojas y todos los primores del arte tolteca. Obras de arte maravillosas, obras de arte preciosas y bellas, todo lo enterró, todo lo dejó escondido allá en lugares secretos, o dentro de las montañas, o dentro de los barrancos. De igual manera los árboles que producían el cacao, los mudó en acacias espinosas, y todas las aves de ricas plumas, las de pecho de color de llama, todas las que consigo había traído primero, delante de él se encaminaron y tomaron la dirección de las costas del mar. Y hecho esto, emprendió él su viaje y comenzó su camino. Llegó luego a otra parte que llaman Junto al Árbol: muy corpulento es el árbol y también muy alto es. Junto de él se paró y entonces se vio a sí mismo y se miró en el espejo, y dijo: "Sí, viejo soy". Desde entonces este sitio se llama Árbol de la Vejez. Entonces hiere al árbol con piedras, abruma con piedras el árbol y las piedras con que le apedreara se iban incrustando en él y a él quedaban adheridas: es el Árbol de la Vejez. Aún ahora puede verse cómo en él fijas están: comenzaron desde el pie y suben hasta la copa. Siguió su marcha y en tanto que él marchaba con las flautas le iban acompañando. Llegó otra vez a otro sitio y se puso a descansar; se sentó sobre una piedra y en ella apoyó las manos. -171- Se quedó mirando a Tula y con esto se echó a llorar: lloraba con grandes sollozos: doble hilo de gotas cual granizo escurrían, por su semblante ruedan las gotas y con sus lágrimas la roca perforó, las gotas de su llanto que caían la piedra misma taladraron. Las manos que en la roca había apoyado, bien impresas quedaron en la roca, cual si la roca fuera de lodo y en ella imprimiera sus manos. Igualmente sus posaderas: en la piedra en que estaba sentado, bien marcadas e impresas quedaron. Aún se miran los huecos de sus manos allí donde se llama Temacpalco.

»Llegó en su huida a un sitio que se llama Puente de Piedra. Agua hay en ese lugar, agua que se alza brotando, agua que se extiende y difunde. Él desgajó una roca e hizo un puente y por él pasó. Reanudó su camino y llegó a un sitio que se llama Agua de Serpientes. Estando allí, los magos se presentan y quieren que desande su camino, quieren hacer que vuelva, que regrese. Le dijeron: "¿A dónde te

encaminas? ¿Por qué todo lo dejas olvidado?". Él responde a los magos: "De ningún modo me es ahora posible regresar. ¡Debo irme!". "¿Dónde irás, Quetzalcoatl?". "Voy a la tierra del Color Rojo, voy a adquirir saber". Ellos le dicen: "Y allí, ¿qué harás?". "Yo voy llamado: el Sol me llama". Dicen ellos al fin: "Muy bien está: deja entonces toda la cultura tolteca". (Por esto dejó allí todas las artes: orfebrería, tallado de piedras, ebanistería, labrado de la piedra, pintura tanto de muros como de códices, la obra de mosaico de plumas.) De todo los magos se adueñaron. Y él entonces allí arrojó al agua sus collares de gemas, que al momento en el agua se hundieron. De aquel tiempo se llama aquel lugar Agua de Ricos Joyeles. Avanza un punto más, llega a otro sitio que se llama Lugar en Donde Duermen. Allí sale a su encuentro el mago y dice: "¿Dónde vas?". Dijo él: "Voy a la tierra del Color Rojo, voy a adquirir saber". Dijo el mago: "Muy bien; bebe este vino, yo he venido a traerlo para ti". Dijo el rey: "No, no puedo, ni siquiera puedo un poco gustar". Pero el mago respondió: "De fuerza habrás de beber; tampoco yo puedo dejar pasar, ni permito que siga su camino sin que beba. Yo tengo que hacerlo -172- beber y aun embriagarlo. ¡Bebe, pues!". Entonces Quetzalcoatl con una caña bebió vino. Y una vez que hubo bebido, cayó rendido del camino, comenzó a roncar en su sueño y su ronquido se oía resonar lejos. Cuando al fin despertó, miraba a un lado y a otro, se miraba a sí mismo y se alisaba el cabello. De esta razón el nombre de aquel sitio: Lugar en Donde Duermen.

»De nuevo emprendió el viaje; llegó a la cima que está entre el Monte Humeante y la Mujer Blanca, y allí sobre él y sobre sus acompañantes, que consigo llevaba, sus enanos, sus bufones, sus tullidos, cayó la nieve y todos congelados se quedaron allí muertos. Él, lleno de pesadumbre, ya cantaba, ya lloraba: largamente lloró y de su pecho lanzaba hondos suspiros. Fijó la vista en la Montaña Matizada y allá se encaminó. Por todas partes iba haciendo prodigios y dejando señales maravillosas de su paso.

»Al llegar a la playa hizo una armazón de serpientes y una vez formada, se sentó sobre ella y se sirvió de ella como de un barco. Se fue alejando, se deslizó en las aguas y nadie sabe cómo llegó al lugar del Color Rojo. Cuando llegó a la orilla del inmenso mar, se vio en las aguas como en un espejo. Su rostro era hermoso otra vez. Se atavió con los más bellos ropajes y, habiendo encendido una gran hoguera, en ella se arrojó. Mientras ardía se alzaban sus cenizas y las aves de ricos plumajes vinieron a ver cómo ardía: el pechirrojo, el ave color de turquesa, el ave tornasol, el ave rojo y azul, la de amarillo dorado y muchas aves preciosas más. Cuando la hoguera cesó de arder, se alzó su corazón y

hasta los cielos llegó. Allí se mudó en estrella, y esa estrella es el lucero del alba y del crepúsculo. Antes había bajado al reino de los muertos y, tras siete días de estar allí, subió mudado en astro».

-173-

COSMOGONÍAS DEL ALBA (Canto I). El pájaro que vuela por encima del bosque de los tiempos y que, llegado al final de su impulso ascendente, comienza a caer, mudo y todo peso, puede interpretarse como el símbolo de la cantante inocencia primordial de la naturaleza. Propiamente, el pájaro no canta al principio: sólo modula una misma nota de anhelo y de interrogación, mientras Quetzalcoatl, detenido en la noche de sí mismo, presiente la revelación del ser... Ésta surge cuando el pájaro cobra de nuevo impulso tras haberse posado en el corazón de Quetzalcoatl, en cuyo espíritu, entonces, las reminiscencias se iluminan, despierta en él la memoria universal sin la que el yo no puede cobrar vigencia existencial ni erguirse en destino. De esta manera, el pasado vive en Quetzalcoatl por virtud visionaria; entre los orígenes y el futuro, su alma se libra de la angustia de la espera, y su cuerpo, de la misma manera que el pájaro cayó sobre su corazón, cae sobre la tierra. Su caída no es trágica, sino de amor: conquista, don y regreso. Regreso, sobre todo -entrada en el eterno retorno.

EL SEMBRADOR (Canto II). Al salir Quetzalcoatl a la luz de la conciencia, a morar en su tiempo, se pregunta cuándo su espíritu, hecho voz, roerá el rostro de piedra de los dioses, es decir, empezará verdaderamente la afirmación de sí mismo en el mundo. Su entrada en el agua, desnudo, no es ajena a la idea de un rito de purificación, y al dejar caer las bayas rojas sobre su imagen reflejada en la corriente -preanuncio de los soles teogónicos del canto *El sermón del lago*- Quetzalcoatl afirma que para llegar a ser la mies madura de sí mismo el hombre antes debe haber sabido sembrarse. *Sembradas* eran muchas estatuas de los dioses del México antiguo. Una vez terminada la escultura, se introducía en un hueco practicado en el pecho de la estatua una jadeíta o cualquier otra piedra preciosa (*chalchihuitl*). Por virtud de esta piedra, la estatua cobraba su verdadera vigencia sagrada, se convertía en el mismo dios que representaba.

-174-

LAS MANOS QUE CANTAN (Canto III). Si al final del primer canto, las manos de Quetzalcoatl son como inmensas raíces que pulsan el cósmico círculo musical de los retornos, aquí sus luminosas manos humanas filtran hasta la hondura de su alma dolorosa y solitaria, y él gime, y canta, suspendido sobre las aguas. Su ceguera proviene de su propia visión, que ha hallado las palabras del espíritu, «la eterna montaña». El final asevera que sólo allende la realidad que ven los ojos puede el verbo celebrar los orígenes.

LA RED (Canto IV). Es al lado de la mujer -Nanotzin- donde Quetzalcoatl cobra definitiva conciencia de su misión trascendental entre lo profundo y lo alto, entre la eternidad y el real mediodía. El aparente antagonismo de los requerimientos del alma y del corazón, lo resuelve Quetzalcoatl por medio del acto simbólico de lanzar la red -aparejo de las profundidades- hacia arriba, hacia el cielo, para apresar al sol, que es el Quinto Sol o «edad en que vivimos», la del Sol de Movimiento (*nahui ollin*), el cual,

según refieren los mitos, fue un resultado de la armonía de las fuerzas cósmicas o de los dioses. Miguel León-Portilla, en su fundamental *Filosofía Náhuatl*, dice acerca del Sol de Movimiento: «Así, no sólo en cada uno de los años, sino también en todos y cada uno de los días, existía la influencia y predominio de alguno de los cuatro rumbos del espacio. En esta forma, el espacio y el tiempo, uniéndose y compenetrándose, hicieron posible la armonía de los dioses (las cuatro fuerzas) y con esto, el movimiento del Sol y de la vida. Y como ya se ha dicho anteriormente, uno mismo es el origen de las palabras nahuas movimiento, corazón y alma. Lo cual prueba que para los antiguos mexicanos era inconcebible la vida -simbolizada por el corazón (*y-óllo-tl*)- sin lo que es su explicación: el movimiento: (*y-olli*)». A partir de ese momento, Quetzalcoatl, ya poseedor espiritual del Sol, podrá levantarse como hombre entre hombres, dirigirse a ellos como hermanos en Tonatiuh y hacer que cada acto y palabra suya sea el resultado de la profunda concordia entre la realidad y lo que trasciende al hombre.

-175-

EL SERMÓN DEL LAGO (Canto V). Cada dios es siempre más grande que su misión, dice un verso de Hölderlin. En otros términos, ello podría implicar que lo que permanece trasciende la contingencia de todo acontecer, y en el orden humano significa que ninguna expresión -acto o palabra- puede alcanzar la totalidad esencial del ser. Para Quetzalcoatl, los dioses monologan o callan en un ámbito sin tiempo ni mudanza, pero él sabe, en la inauguración de su palabra, que la condición humana busca su destino e interroga a los astros en su corazón. En la tierra sin dioses, pues, sólo el espíritu será el guía que conducirá a un tiempo nuevo, entre la nocturna espera y la gran esperanza. Así, Quetzalcoatl o la conciencia hecha verbo de los próximos aconteceres, comienza su fundación mesiánica porque posee la palabra que reúne; ha dejado atrás a los dioses vacíos y convierte los signos divinos en lenguaje para los hombres. Por la palabra que acontece, Quetzalcoatl instauro la esencia de la verdad de la vida y establece el diálogo con el mundo. Interpreta y canta, pero en su canto lo anterior se ha hecho interior, como demuestra en su libre narración de los mitos de los soles teogónicos. Cada sol o época, adquiere en las palabras de Quetzalcoatl una significación y vigencia en que el símbolo tiende a la creación de un mito nuevo.

EL QUINTO REINO (Canto VI). En palabras de afirmación y anuncio, Quetzalcoatl se perfila aquí como representante profundo de su pueblo, «raíz de la voz» que florece en él. Voz que proviene de la totalidad y exalta la trascendencia del mundo real, donde la vida es más importante que los sueños. Sólo teniendo conciencia de la tierra puede el hombre enfrentarse con el destino -esto es destino: estar siempre de frente, dice Rilke- y realizarse en el amor de la mujer, más allá del deseo, hijo de su tiempo y padre del futuro -un continuo llegar, es decir: desembocadura que canta, lo abierto ante la eternidad. Entonces, el hombre, aunque more entre los dos reinos antagónicos, simbolizados respectivamente por el águila y la serpiente, podrá con su Canto celebrar la aurora y prepararse para el pensamiento del -176- Mediodía y el Quinto Reino, que es el del espíritu concebido como belleza traspasada por la realidad del mundo. En su himno e incitación final, Quetzalcoatl exalta, con múltiple riqueza metafórica y vivencial, las aguas totales del espíritu como elemento dinámico de la creación. Los tres movimientos estróficos desarrollan los temas de mar, río y amor. El mar se identifica con el verbo y la eternidad, y culmina en una visión del «Desollado azul», es decir, Xipe Totec, símbolo a la vez trágico y de retorno, que ofrece su inmensa piel luminosa a la tierra para que ésta pueda realizar sus metamorfosis. Los ríos son los ancianos de la



memoria y también urnas a donde se sumergen los pensamientos para tañer los rayos del sol de la vida. De las vastas aguas acostadas y grávidas de retornos, aguas del amor donde se refleja la Estrella del espíritu, la surgencia del Canto proclama la alegría de la tierra hacia la cual se lanza, con lo que quiero significar que lo profundo de la existencia, proyectado fuera, se manifiesta como lo que realmente es: signo y acto desbordante de in-surgencia.

EL DESCENSO (Canto VII). Quetzalcoatl desciende al país de las sombras en busca de los huesos de los muertos para crear a los hombres que han de habitar de nuevo la tierra. Su descenso no es órfico, aunque acaso se haya prendido a mi figura cierta cualidad misteriosa del mito griego, tal vez más en lo que ambos tienen de expresión total de la existencia que en las coincidencias de sus descensos y rescates, de motivaciones tan distintas. Orfeo baja a los abismos de la Estigia para pedir que su esposa Eurídice sea devuelta a la vida de la tierra; Quetzalcoatl se enfrenta con Mictlantecuhtli con el fin de evitar la extinción de la humanidad. A la decisión redentora de Quetzalcoatl se oponen no solamente al Rey de los Muertos, que afirma: «Porque de nadie será el Reino» y desea que «prevalezca la sombra de Tezcatlipoca», sino los propios huesos de los muertos, que se resisten a dejar de ser materia sin futuro y se solazan en sus pútridas yacijas. Pero Quetzalcoatl, acompañado de la doncella Xilonen, diosa del maíz tierno, hace vibrar en las sombras los sonos terrestres -177- de su gran caracola y arroja sobre los huesos su signo espiritual: la estrella. Sin embargo, esto no basta para que el creador pueda realizar su misión y el haz de huesos se convierta en fardo de resurrección. Ni el viento del mundo ni el espíritu pueden solos devolver la vida al pasado muerto -para ello es necesario la taumaturgia heroica que únicamente se logra por medio de la sangre, del don del cuerpo. Simbólicamente, al sangrarse sobre los huesos, Quetzalcoatl cumple la doble función del acto genésico y del parto: engendra la vida en la oscuridad del pasado y sube nacimientos a la tierra. Tanto para Orfeo como para Quetzalcoatl estaba en juego una resurrección: Eurídice vuelve a caer en las profundas tinieblas del Erebo y se desvanece cual leve humo impulsado por las auras ante los ojos de su amante; Quetzalcoatl consigue regresar con su carga viva a la tierra. Virgilio, al final del Libro IV de sus *Geórgicas*, narra después del fracaso de Orfeo el triunfo del industrioso Aristeo, antiguo amante de Eurídice. Orfeo, tras haber perdido para siempre a su esposa, llora solitario su pena, recorre las heladas regiones hiperbóreas y desprecia a todas las mujeres tracias, algunas de las cuales, enfurecidas, terminan por despedazarlo; sus miembros son esparcidos por los campos y su cabeza, arrojada al río Hebro Eagrio, flota sobre la corriente, mientras «todavía su voz, todavía su helada lengua iba clamando con desfallecido aliento: ¡Eurídice! ¡Eurídice!».

Meses después de haber escrito este canto, descubrí con profunda sorpresa la relación onírica que había establecido entre *mi* Quetzalcoatl y Orfeo, a pesar de ser tan diferentes las figuras. Había las dos cabezas. Las veía -y las veré ya siempre- como dos imágenes-símbolos de las que trascendía una grandeza tremenda, cerradas en sí mismas como dos mundos absolutos. La arrancada cabeza de Orfeo, roja y con los ojos cerrados, reflejando la vasta desesperación de su alma, sellada por la desmesura trágica del dolor que sólo se expresa a sí mismo; más que una cabeza de martirio: un nudo de indecifrible soledad, un rostro modelado desde dentro por la pasión y el anhelo. Pero los labios se movían. ¡La cabeza de Orfeo cantaba! -178- Flotando en el agua. Entre dos orillas que devolvían los ecos de una felicidad que sólo tenía un nombre. Quien había ardidado solo, quien había detenido en el cielo el vuelo de las aves con su música y había amansado a las fieras, cantaba la nostalgia de una sombra... ¡Eurídice! Ninguna

respuesta se agregaba al éxtasis del grito único que se desvanecía como un hálito puro alrededor del silencio de la nada. ¡Y la cabeza se hundía en las aguas, y rodaba por el fondo como un enorme fruto, y la arena sepultaba el grito dentro de la boca abierta! Pero arriba, en la tierra, el cántico del destrozado dios solitario taladraba oídos a los peñascos, repercutía en las montañas, aplacaba el caos del viento y se tendía a dormir en los firmamentos nocturnos, abrazado a una lira de estrellas... La gigantesca cabeza de Quetzalcoatl, en cambio, surge a flor de tierra, como el comienzo de un estatuario parto olmeca, y el júbilo de la primavera borra las últimas sombras de su rostro, donde se abren dos ojos de oro. No hay pasto de palabras aún en el espíritu de quien ha vencido a la muerte y vivirá su victoria en la luz del mundo<sup>1</sup>, pero ya la ancha mano del hacedor de hombres empuña la caracola que pende de su cintura, y la levanta, esperando... De pronto, en el mismo instante en que el sol apunta en el horizonte, resuena el profundo e insistente son solidario, la gran llamada de la vida.

OJO DESNUDO, VESTIDA VOZ (Canto VIII). El tema de los amantes se entrelaza, entre otros, con el del misterio y trascendencia del verbo, que es el fundamental para Quetzalcoatl. El amor crea en lo temporal y se proyecta hacia el futuro, pero el canto es la llama de la eternidad.

-179-

LA EMBRIAGUEZ DE QUETZALCOATL (Canto IX). La embriaguez de Quetzalcoatl no es sólo de los sentidos, sino una especie de exaltación total de cuerpo, espíritu y alma. En la angustia cósmica que, al final, hace presa en Quetzalcoatl, suscitada por la sombra del nopal que ha cobrado la forma de Coatlicue, Nanotzin se identifica con la madre del hombre, con el árbol y también con la tierra en su sentido protector, y de esta manera la ve Quetzalcoatl, que se queda dormido con la cabeza apoyada en el regazo de Nanotzin. Quetzalcoatl, aquí -como muchos hombres en ciertos momentos al lado de la mujer-, regresa a su infancia, es de nuevo niño por virtud de su desvalidez ante el terror de lo desconocido que puede aniquilarlo; pero cierta parte de su instinto viril alerta se proyecta en su sueño, en el que se ve a sí mismo convertido en llovizna y cayendo sobre la mujer-madre, poseyéndola bajo la forma de elemento fecundante, su conciencia se disuelve, todo él se hunde en la tierra, vuelve a los orígenes, al seno materno. En mi concepción de Nanotzin, que asiente y acepta con amorosa pasividad, se integra una idea universal de la mujer considerada como asilo telúrico del hombre: protege y afirma, y así, en su absoluta disponibilidad creadora, se opone a Coatlicue en su aspecto terrífico de diosa de la tierra, de divinidad que pare y devora, destruye y crea con la misma indiferencia omnipotente.

EL ESPEJO HUMEANTE (Canto X). Considero este canto como el más denso y más complejo del poema. La lucha entre Tezcatlipoca y Quetzalcoatl hay que entenderla principalmente en un sentido espiritual en que lo agonal asume un valor simbólico de antagonismo que sólo se resuelve por la derrota de Tezcatlipoca, pero una derrota que está condicionada al eterno nacimiento de su contrincante. El dios del espejo que humea significa en mi pensamiento el otro, el hermano que odiamos y nos confirma en nuestra condición humana. Sartre ha definido al infierno diciendo que son los demás. Y Rimbaud, antes, había dicho: «Porque Yo es otro», en un impulso feroz que tanto puede ser de identificación como de alienación. En cuanto a Quetzalcoatl, -180- si su epopeya moral nos admira por su grandeza, sus caídas nos conmueven porque nos lo humanizan, nos lo acercan. (Paul Westheim, en su obra *La calavera*, nos refiere que en los cantos de



los indios coras, recopilados por Karl Theodor Preuss [*Die Nayarit-Expedition*], Quetzalcoatl es vencido por Tezcatlipoca. La diosa de la luna, madre de ambos, les ordena que den la vuelta al mundo, uno hacia occidente, el otro hacia oriente, pero les advierte que no deben prestar atención a lo que encuentren por el camino. El más joven de los hermanos, Tezcatlipoca, la estrella de la tarde, obedece la orden. Pero Quetzalcoatl, el astro matutino, se topa con una doncella que le pregunta si no quiere «coger flores», es decir, tener ayuntamiento carnal con ella. Quetzalcoatl cae en el pecado y, como consecuencia, queda bajo el poder de su hermano menor, el astro de la noche.)

A lo largo de los cuatro movimientos temáticos en que se estructura este canto, se oye a intervalos el canto del búho, el tu-tú, tu-Tú simbólico y de distintos significados: lo formulado de la naturaleza, la conciencia de la identidad personal, el latido del corazón del hombre y, al final, los sonos de la flauta del niño de la noche y de la tierra... Según registra Sahagún, Tezcatlipoca el tentador «era invisible y como oscuridad y aire, y cuando aparecía y hablaba a algún hombre era como sombra, y sabía los secretos de los hombres...», y en el calendario de su día llevaba el signo de *Ce miquitzli* (Uno Muerte), que era el signo de la luna, la eternamente cambiante. Así, el dualismo luz y sombra, vida y muerte, creación y destrucción queda bien deslindado entre las dos figuras. En la lucha, Tezcatlipoca, más que buscar el aniquilamiento de Quetzalcoatl, lo que quiere es vencerlo para convertirlo en su aliado, a fin de lograr un acrecentamiento de poder maniqueo. Pero Quetzalcoatl, doblado por el peso y sombra del mundo, no puede acceder, porque si tal hiciera la derrota sería definitiva para él, y esto en el comienzo de una lucha en que, encogido y descendiendo, como en el claustro materno, se siente nacer de nuevo en el seno de la Madre, la tierra, «la que gime con los senos rodeados de cielo», mientras una zarpa de -181- Tezcatlipoca se le va hundiendo en el corazón, cuyos latidos remedan el canto del búho y al mismo tiempo son una confirmación de vida. Metamorfoseada la lucha de Quetzalcoatl en nacimiento, porque su espíritu no ha sido doblegado por un poder mayor sino, momentáneamente, por la fuerza ciega, su nuevo comienzo ha de nacer realmente de la victoria sobre Tezcatlipoca; pero hasta cierto punto una parte de su ser se ha transformado en lo que ha vencido, por cuanto ninguna victoria es total. Quetzalcoatl es el Hombre Luz, sí, pero en algún lugar de su conciencia mora la Sombra, de la misma manera que Tezcatlipoca acusará, huyendo finalmente, la presencia en él de la Luz. Por eso el nuevo nacimiento de ambos es sincrónico. Quetzalcoatl, en este descenso «por sus propias sombras», será realmente tentado y abrirá los ojos para ver su rostro en el espejo mágico y luego contemplará las imágenes del poder y de las maravillas del mundo, mientras Tezcatlipoca le ofrece otorgarle el máximo don, el del creador que conquista el ser porque nombra, es decir, puede fundar con el verbo y así abrirse a la posibilidad del diálogo cósmico y humano. Pero Quetzalcoatl no resuelve la dualidad por pacto, sino mediante el dolor, derramando la sangre de sus ojos, donde la Estrella del espíritu germina. Al final, la canción de la tierra, sonando en la flauta del niño de la noche, exalta el amor -el beso, el yo-tú-, la única certeza de futuro.

EL LIBRO PINTADO (Canto XI). Quetzalcoatl se perfila en este canto como un *tlamatini*, palabra náhuatl que, según León-Portilla, significa etimológicamente «el que sabe cosas» o «el que sabe algo». De las veintiuna definiciones del *tlamatini* que dan los informantes de Sahagún me interesa destacar las siguientes: «1. El sabio: una luz, una gruesa tea que no ahúma. 3. Suya es la tinta negra y roja, de él son los códices, de él son los códices. 4. Él mismo es escritura y sabiduría. 5. Es camino, guía veraz para los

otros. 10. Hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara (una personalidad), los hace desarrollarla. 15. Se fija en las cosas, regula su camino, dispone y ordena. 16. Aplica su luz sobre el mundo. -182- 17. Conoce lo (que está) sobre nosotros (y) la región de los muertos».

Como *tlamatini*, pues, Quetzalcoatl es «escritura y sabiduría» a la vez, el que conoce y expresa, y escribe, o mejor, pinta en su libro hecho con tiras de *amate* (*ficus petiolaris*), dobladas como biombos. En los treinta y nueve fragmentos pintados que componen su libro, Quetzalcoatl se define por medio de una preceptiva aforística de entraña filosófica, por sus visiones e imágenes y también por la inmediatez de su circunstancia, que puede ser el temblor de un árbol o la presencia de su discípulo más amado, Xelhua. Es un Quetzalcoatl en estado de reposo que se ve y se escucha, recuerda y susurra y canta, da testimonio de sí mismo y es, como maestro profundo de la vida, «el que enriquece y comunica algo a los rostros de los demás», para que se conozcan y puedan ser ellos mismos en su verdad esencial. En su metafísica lírica, Quetzalcoatl enseña que el lugar del hombre lleno de su ser en la creación no puede ser enajenado por ninguna dialéctica que no comprenda el sentido trascendental de la existencia, y que el alma, la conciencia solar, la realidad maravillosa, el misterio de los cuerpos y las heredades del amor, significan la muerte de los dioses. Tal es el credo de Tonatiuh.

LA ASCENSIÓN (Canto XII). Al ver Quetzalcoatl, ya maduro de su tiempo, alzarse un zopilote de la cumbre de la montaña llamada Mujer Blanca, considera el hecho como un signo augural de su destino, tanto más cuanto que el ave dirige su vuelo hacia el este, hacia el mar. Quetzalcoatl, el que descendió otrora al país de las sombras para salvar a los hombres, debe ascender ahora hasta la cima de la montaña para dejar en ella a su alma, que lleva dormida en sus brazos, y luego iniciar su viaje final. Hay subyacente en este canto la noción de que el alma del hombre, más que su espíritu, debe ser preservada para la eternidad, ser ella misma eternidad. Si el espíritu, en su dinámica creadora, se levanta en militancias que tienden a asegurar un futuro que ha de ser hecho a su imagen y semejanza, el alma es la esencia inmutable de la vida hecha invisible y prisionera de -183- todas las metamorfosis. El alma es la gran vivencia: tiene en sus manos el ovillo donde se enrollan los hilos infinitos de todos los recuerdos; el espíritu, al contrario, no quiere ser como el cordelero que estira su cáñamo caminando para atrás, sino un lazo o red o flecha lanzado hacia adelante. Aunque Quetzalcoatl es un hombre culminante, no es presa de la «concupiscencia de altura» de que habla Nietzsche: sabe que su quehacer humano se encuentra entre los abismos del espíritu y las puras cimas del alma, entre las *flores y los cantos*, símbolo de lo único verdadero en el mundo náhuatl, a que se ha de acercar con *rostro y corazón*. Y es por eso que Quetzalcoatl, convertido en invisible e inmensa sonrisa de su propio corazón, puede burlar a los ancianos de la guerra que lo requieren y tratan de detenerlo en su camino, atravesar después el viento de sus visiones y depositar en la nevada cima a su alma dormida y palpitante, la cual, tras ser poseída por el sol, soltará sus sueños y su cabellera -aguas y música de las alturas que descenderán a trazar el signo de Quetzalcoatl, el quincunce, en la falda de culebras de Coatlicue.

EL ÁRBOL DE PIEDRA (Canto XIII). El paso del tiempo, la transitoriedad de la vida, es leído por Quetzalcoatl en la imagen de su rostro que le devuelve el espejo. Su caída implica la conciencia de la Nada frente al árbol rojo de la vida, que se convierte en el árbol pétreo de los recuerdos. La tensión trágica de Quetzalcoatl en este momento de derrumbe vital no proviene de un miedo concreto a la muerte, sino de que está vaciado

del sentido de la tierra, y en vez de sentirse vivir *para* el futuro, vive *de* pasado, de un pasado que para él no es más que fragmento, enigma y nostalgia. La última palabra del canto es el *no* de Nanotzin. Pero esta negación de la mujer entraña en realidad un *sí* que considero más afirmativo que el que pronuncia al final del canto de la embriaguez. La mujer salva, y se salva, protegiendo, lo cual puede hacer porque en ella no hay escisión entre naturaleza y espíritu. La desesperación existencial no se aloja tal vez en la mujer porque el sentido de la tierra está hincado en ella en -184- función de conciencia del cuerpo, que se opone instintivamente al espíritu místico y heroico del hombre, quien usa el mundo como escenario de sus sueños o como campo de batalla de su voluntad de poder. El *no* que lanza Nanotzin con la fuerza de su amor y de su sencillez inefables es como una pedrada contra la sombra y el tiempo. Ante la disposición aceptante de Quetzalcoatl de ser para la muerte, Nanotzin diríase que va cargada con la suprema verdad de la tierra: durar para la vida. El tiempo, para la mujer, es el tiempo interior del fruto, que tanto madura la caída-muerte como la semilla-resurrección. La mujer, compensando la claridad estéril de la conciencia del hombre que anticipa, juega y combate, se encuentra más cerca del esplendor misterioso de la vida total.

EL ÉXODO (Canto XIV). Dos imágenes nada más: «caña quebrada» y «nómadas humos», asociadas a la idea de tiempo implícita en el primer verso. He aislado estos dos versos porque he creído que su fuerza sintética y sugeridora cobraba así mayor eficacia y daba entrada al tema que se desarrolla al principio del canto siguiente y último del poema.

LA FOGATA Y LA ESTRELLA (Canto XV). El pueblo de Quetzalcoatl, errante tras su derrota, vencido por la violencia guerrera, marcha «en la pura tensión de lo lejano» y se siente cada vez más fuerte en la dura hermandad de un pensamiento místico de paz y de fundación. Quetzalcoatl va con los suyos. Por última vez. Mas por poseído de anhelo de futuro que esté el pueblo solar, no puede menos de oír la voz del pasado que lo acompaña, simbolizado por *Los Murmullos*, raíz de mito y de historia. Estos murmullos, en su carácter de ancestral conciencia colectiva que se expresa por medio de imágenes oscuras y musitar mágico, tienen una significación parecida a la de las visiones que desfilan por el espíritu de Quetzalcoatl en el primer canto del poema, y cierran el ciclo de mi concepción quetzalcoatlíca como un coral de fábula y crónica anónima, en el que se individualiza -185- únicamente la figura de la doncella Ixquic del *Popol Vuh*. Para *Los Murmullos* he utilizado algunas imágenes y nombres sacados de los *Anales de los Xahil*, el *Popol Vuh* y algunas poesías náhuatl, a fin de que resonaran en el ámbito nuevo de mi poema ecos directos de la voz antigua. En mi interpretación de Ixquic, que surge también de los murmullos y precede inmediatamente al sacrificio y ascensión de Quetzalcoatl, la figura de la doncella del sur personifica, en mi pensamiento, lo eterno femenino ligado a la tierra: llamada de génesis, el deseo del cuerpo como puente entre el no ser y el ser, atracción ciega hacia abajo de lo irracional de la vida. Así, en el final del poema coinciden -no en oposición, sino en yuxta posición- *Los Murmullos*, Ixquic y Quetzalcoatl, o sea: el pasado como una inmensa boca que sume su alucinado balbucear en el tiempo; Ixquic, sólo vida llamando a más vida, ausente de todo menos de su fuego, maravilloso molde de posteridades; y el Fundador luminoso en trance ya de ascender de su propio corazón convertido en el símbolo espiritual del eterno retorno.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

